MAYOR CIRCULACION SUDAMERICANA

CRITICA

MAGAZINE MULTICOLOR DE LOS SABADOS

Suplemento Núm. 2. — SABADO, MARZO 21 DE 1931 — Edición de 8 páginas

El Pecoso...

por Alvaro Yunque



(Colaboración especial para CRITICA) (Ilustraciones de PREMIANI).

"La criminalidad juvenil se halla en razón inversa de la asistencia a la escuela".

GABRIEL TARDE.

Dió un paso atrás y miró de nuevo. Le había parecido ver el bulto de un niño, apelotonado en el umbral de una puerta. Miró: Sí, era un niño. ¡Allí, a las tres de la mañana! Don Rogelio decidió despertarlo:

—Eh, amiguito ¿qué hace aquí?

El muchacho abrió los ojos, soñoliento, contempló un segundo a aquel hombre alto, canoso, de voz dulce. Respondió:

—Estoy durmiendo.

Su respuesta hizo gracia al hombre.

—Tiene razón, está durmiendo. Pero, ¿por qué está durmiendo aquí, en un umbral, a esta hora?

—Porque no tengo cama.

—Otra vez tiene razón. ¿Quiere venirse conmigo? Yo le puedo prestar una cama.

—Bueno, respondió el chico, y ya estuvo de pie, dispuesto a irse con el hombre.

—Vamos, dijo éste. Comenzaron a andar. ¿No tiene frío?

—No.

—¿Vd. es de este pueblo?

—No.

—¿Cómo ha venido aquí?

—No sé. Anoche me corría un vigilante porque... ¡Bueno! Después le diré porqué me corría. Me corría un vigilante y yo, por disparar, me colé en el tren que salía. En la primera estación me bajé. Como no había más trenes para Buenos Aires, me quedé aquí en ese umbral.

—¿Y tenía plata para el boleto?

—No. Yo no necesito boleto. Me subo al tren, cuando viene el guarda me hace bajar en la primera estación, y me subo a otro hasta que me vuelven a hacer bajar. Así viajo yo. Hay guardas tan perros que me portan en cufa.

—¿Lo portan en cufa? ¿Qué quiere decir eso?

—¿No sabe? Me hacen llevar preso.

—¡Ah! Continuaron silenciosos. El hombre pensaba. Después volvió a preguntar:

—¿Y qué edad tiene Vd.?

—¿Yo? Doce o trece años. Según la cuenta de mi mamá, tengo doce y según la de mi papá, trece.

—¿Dónde está su mamá?

—Murió. Murió hace dos años, murió de tuberculosis en el hospital Ramos Mejía que está en la calle...

—Ya sé donde está. ¿Y su papá?

—En la Penitenciaría, hace tres años. Es chorro. ¿Se acuerda de aquel robo de la calle Pringles?

—No.

—Mi papá fué uno de los ladrones. ¿No ha oído hablar de "El Rubio Manchao"?

—No.

—Es mi papá. Le dicen así. ¡Era un ladrón famoso! Ahora tiene para 17 años de Penitenciaría.

—¿Y cómo se llama Vd.?

—¿Yo? El Pecoso.

—Ese no es nombre. Es un apodo. Vd. tendrá nombre y apellido.

—Sí. Teobaldo Martínez; pero puedo llamarme "El Pecoso" nomás. Todos me llaman así.

—Yo lo llamaré por su nombre: Teobaldo.

—¡Es lo mismo!

—¡Es lo mismo!

—¿Por qué no es lo mismo?

—Le explicaré más adelante — respondió el hombre y siguió andando en silencio.

El niño que ya había hecho una pregunta, inició una serie de ellas:

—¿Y usted, cómo se llama?

—¿Yo? — interrogó el hombre sorprendido. — ¿Yo? — y decidió responder: Rogelio Pujol; pero todos me llaman Don Rogelio. Puede llamarme Don Rogelio nomás.

—Don Rogelio... Rogelio Pujol. Yo lo conozco a Vd.

—¿Sí? ¡Tanto gusto!

—¿Vd. es autor de teatro?

—Sí. ¿Has visto algo mío?

El muchachito no respondió. Se puso a reír descaradamente:

—¡Ja, ja, ja!

—¿Por qué se ríe?

—Me da risa ver cómo me trata Vd.

—¿Cómo lo trato yo?

—Así, como me habla Vd., como si yo fuese una persona...

—¿Y no es una persona Vd.?

—Una persona de respeto.

—¿Y por qué no ha de merecer respeto Vd.?

—¿Yo? — Y el niño se detuvo con los ojos bien abiertos y la mano en el pecho. — ¿Yo? — volvió a preguntar, y rió. — Ja, ja, ja!... No sé, me da risa pensar que yo puedo merecer respeto a alguien. A mí siempre me han tratado a gritos y cachetadas... Y ahora, Vd., que es un hombre de edad, que es un hombre del que hablan los diarios, me trata así, de igual a igual.. ¿Qué quiere? ¡Me da risa!

Don Rogelio lo miró a la cara que la luz de un farol le dejó ver bien... Era un niño pelirrojo, feo, pecoso y desgarbado. Sus ojillos azules, parpadeaban continuamente, con un tic nervioso. La nariz respingada dábale una expresión entre jocosa y picaresca. El hombre leyó ingenuidad y desfachatez en aquella carita de niño sucio, pálido, feo, enfermizo. Díjole:

—Entre. Hemos llegado a mi casa. Hoy, dormirá en cualquier parte. Mañana veremos.

Don Rogelio, periodista nocturno, se levantaba muy tarde, después de las doce. Al hacerlo, ese día, halló un serio conflicto en la casa: Su madre había querido expulsar al chico, y éste, negándose a salir, se había refugiado en una higuera, donde, tranquilamente, se estaba desayunando, impasible a los gritos de la anciana.

No bien vió a Don Rogelio levantado, ella le expuso sus quejas:

—¡Ahí tenés, por traerme pillos a la casa! Mirá lo que está haciendo ese. Se va a acabar los higos. ¿Dónde lo hiciste dormir?

—En el sofá de mi cuarto.

—¿Y pensás hacerlo vivir acá?

—No. Pienso ponerlo en la escuela de Artes y Oficios. No tiene madre ni padre.

—¡Eso te habrá contado él! ¡Tiene una cara de bandido! Ya verás, gastá plata con él, ya verás. Te pasará como te ha pasado siempre. Te dará una patada. ¡Es un insolente!

Y la anciana se alejó rezongando. Don Rogelio llamó al chico:

—Eh, Teobaldo. ¡Venga!

Pronto el niño estuvo frente a él, masticando un higo.

—¿Qué quiere?

—¿Qué le ha pasado con mi madre?

—¡Ah, es su madre! Yo creí que era una sirvienta. Tiene cara de sirvienta.

Don Rogelio sonrió:

—No sé por qué las sirvientas han de tener una cara particular.

—Me pareció la cocinera. ¿Qué iba a pensar que Vd. tuviese madre todavía? ¡Ha de tener más de cien años! Hoy, en cuanto me vió, quiso echarme. Yo quería explicarle:

—Me trajo Don Rogelio. Don Rogelio me encontró anoche durmiendo en un umbral y me trajo. ¡Nada! No quería oírme. A la fuerza, que me fuese a la calle, que lo esperase a Vd. en la calle. Por fin le dije: ¡Bueno! Me ha traído su patrón, y si su patrón me ha traído, Vd. no va a echarme!... Se puso furiosa. Ahora me doy cuenta por qué. Me quiso agarrar a escobazos. Entonces me subí a la higuera...

—¿Y se puso a comer higos sin permiso?

—¡Hay tantos! Aunque estuviese todo el día comiendo no se acaban. ¡Ahí viene!

La anciana traía yerbera, pava, mate que dejó a los pies de Don Rogelio, furiosa siempre. Al fin, habló:

—¡Supongo que no me traerás aquí a este muchacho!

—¿No le he dicho, madre, que lo voy a poner en la escuela de Artes y Oficios? Hoy hablaré con el director. Es mi amigo. Ya van dos muchachos que me recibe, me recibirá este también. Vivirá con nosotros dos o tres días, hasta hacer los trámites. Después vendrá de visita los domingos. ¿Eh?

—¿Qué escuela es esa? — preguntó el muchacho una vez que la anciana se alejó.

—¡Ya verá, ya verá!

—Tome el primer mate, ¿está rico?

—Sí, muy bueno. Es un gran cebador.

—¿Vd fuma, Don Rogelio?

—No.

—¡Qué lástima!

—¿Por qué?

—Porque yo fumo y le iba a pechar un cigarrillo.

—Hace mal en fumar. El mayor porcentaje de tuberculosos lo dan los niños fumadores.

—Mamá no fumaba y murió tuberculosa.

—No sólo por fumar viene la tuberculosis; pero podría ser que fuese hija de fumadores.

—Ah, eso sí. Mi abuelito se levantaba fumando y se acostaba fumando. Y borracho siempre. ¡Y ya ve! Murió de más de ochenta años...

—Pero su mamá pagó las culpas. Habrá muerto muy joven.

—Iba a cumplir treinta años.

—Ya lo ve. Muchas veces, los disparates que hacemos nosotros, los pagan nuestros hijos.

—¿Usted no tiene hijos, don Rogelio?

—No. Soy solo. Vivo con mi madre, nada más. No tengo á nadie más.

El niño seguía cebando mate.

—¿Y qué edad tiene usted?

—Cincuenta años.

—Yo creí que tuviese más. Demuestra sesenta.

—Muchas gracias.

—¿Por qué me da las gracias?

—¡Sabe que es usted un preguntón terrible! ¡Bueno! Ahora le voy a preguntar yo a usted. Cuénteme su vida.

—¿Mi vida? ¿Y? ¡Como todos! Antes de morir mamá, vivíamos en un conventillo de Barracas. Papá venía muy poco; y mejor que no viniese, porque siempre estaba borracho y peleando con medio mundo. ¡Le pegaba cada paliza a mi mamá! Mi mamá era planchadora y lavandera. Una vez estuvo colocada, pero la vieron escupir sangre y se dieron cuenta de que era tuberculosa. La echaron. Nos fuimos a otro conventillo, por Palermo. ¿Qué más quiere que le cuente? ¡Ah, sí! Una vez mi papá le dió un tajo a un negro en el almacén. Mi papá era muy valiente. ¡Era flaco, pero tenía una fuerza! Otra vez se peleó contra tres vigilantes. Entre los tres no lo podían llevar preso. Tuvieron que venir un sargento y un oficial...

—Pero usted me está contando la vida de su papá y yo quiero saber la suya. ¿Fué al colegio alguna vez?

—Dos meses al colegio del Estado, pero una vez fuí en alpargatas, porque no tenía botines, la maestra me hizo volver a casa, y como mi mamá no tenía para botines, no fuí más.

—¿Y qué hacía usted todo el día?

—Jugaba. Una vez vendí diarios, pero mi mamá no quería que yo fuese canillita. Yo siempre ganaba algo. ¿Sabe lo qué hacía? Me iba a las estaciones o a los teatros, a llamar automóviles. Siempre me sacaba algún peso de propina.

—¿Y se los daba a su mamá?

—¡No! Se hubiese enojado al saber que yo hacía eso. ¡Era más rara mi mamá! A veces, se quedaba mirándome, mirándome y después se ponía a llorar como una loca. Mi papá también era raro. Ya le dije que era un gran chorro: El Rubio Manchao. ¡Y no quería que *yo robase*! Una vez chorrié...

—No diga chorriar. Se dice robar.

—¿Por qué, es mala palabra?

—No; pero es una palabra lunfarda. Es feo hablar así.

—Bueno. Una vez chorrié... quiero decir, robé una lata de dulce de membrillo, y él me llevó a devolverla. Después me ensangrentó a cachetadas. ¡Ya ve usted si era raro! El era chorro... quiero decir: él era ladrón y un ladrón famoso: El Rubio Manchao, y no quería que yo robase... ¿Pero es verdad que no ha oído hablar del Rubio Manchao? ¡Si en todas partes lo conocen!

—Ya me vuelve a hablar de su padre. Yo quiero que me hable de usted.

—¿De mí? ¿Y qué más? Después murió mi mamá. A mi papá lo encanaron. ¿Se puede decir lo encanaron?

—No, se dice: lo encarcelaron.

—¡Qué largo! Y yo me quedé solo. Un amigo me llevó a su casa. Vivo allí hace seis meses. Cuando llego tarde duermo en un umbral... ¿Qué más quiere que le cuente?

—Nada más, es bastante, mi amigo. ¡Ya lo creo que es bastante!... Deme el último mate y me voy. Voy a hablar al director de esa escuela. ¿Ve aquellos techos de tejas? Allí es. Allí se va a hacer un hombre útil. ¿Qué le parece?

—¿A mí? ¡Como usted quiera, Don Rogelio! A mí todo me parece bien. ¡Es lo mismo!... ¿Por qué me lo pregunta a mí? ¿Quiere que le diga una cosa que estoy pensando?

—¿Qué está pensando?

—Que usted también es un hombre raro.

—Sí, pues yo pienso que usted es un chico raro. ¡Qué casualidad, eh? Bueno. Me voy a vestir. Y no haga enojar a mi madre.

—Mejor, mientras usted no está me voy a dar una vuelta por el río.

—¿Y no almuerza?

—No tengo ganas. ¡Si me comí media higuera! Me voy al río.

—Está bien. ¡Pero cuidado con bañarse, no se vaya a ahogar!

—¿Yo? ¡Si sé nadar! Una vez salvé a un rusito que se estaba ahogando en la Isla Maciel. Me había olvidado de contarle. Hasta luego.

———

Cuando el chico regresó, aun Don Rogelio no había vuelto. La anciana zurcía medias. El niño, con esa doble intuición de picardía y sociabilidad que da la calle, quiso bienquistarse con ella: la habló:

—Buenas tardes, señora.

Ella no lo respondió. Limitóse a mirarlo por encima de las gafas, nada amablemente. A él no le preocupó esta falta de cortesía. Prosiguió:

—Si quiere que le haga algo, un mandadito, o que le barra los patios.

—Sí —respondió ella—. Allí tenés la escoba, andá barré el fondo.

—En seguidita — dijo él, sonriéndole, aunque para esto había ido a buscar la más falsa de sus sonrisas, en su archivo de sonrisas falsas. Y fué a barrer. Había dado una docena de escobadas, cuando un olor a humo de cigarrillo le cosquilleó en la nariz. Olfateó. Aquello venía del otro lado del cerco de hiedra que separaba las casas por el lado del fondo. Ya el deseo de fumar era tanto que lo martirizaba. Arrimó una piedra al cerco y asomóse. En la otra casa un hombre estaba regando el jardín y fumaba. El niño, mirándole codiciosamente, aspiró algunas bocanadas del humo que la brisa le acercaba. ¡No pudo más! Y habló al hombre:

—Eh, diga, don...

El otro miró:

—¿Qué querés?

—¿Me da un cigarrillo?

Por toda respuesta, el hombre desvió la manguera con que estaba regando y le tiró un chorro de agua. El muchacho se agachó para librarse del agua y escuchó todavía una risotada del hombre, burlándose. Esto exasperólo. Cogió una piedra, volvió a asomarse cautelosamente, y se la tiró a la cabeza. Consiguió pegarle en la espalda. Oyó el grito del hombre y que éste se asomaba al cerco, a llamar en son de queja, y que la anciana acudía y hablaban. El se ocultó entre las plantas, y corrió a la calle. Pero decidió otra cosa, se metió al escritorio, a refugiarse detrás de un mueble. Esperó unos minutos. Pronto entró la anciana buscándolo. Rezongaba:

—¡Bandido! Esto pasa por traer atorrantes. Voy a cerrar la puerta con llave, así no entra más. ¡No lo quiero más en casa!

Se fué. El niño esperó aún. Todo estaba en silencio. Salió a espiar. La anciana zurcía medias otra vez. Y las ganas de fumar lo perseguían! ¿Qué hacer? Sin reflexionar en nada, cogió un libro de los muchos que había allí, un libro grueso y empolvado al que, supuso, no usaría Don Rogelio; y salió cautelosamente, para no ser oído. Unos muchachos indicáronle dónde estaba la librería. Fué allá, y vendió el libro por un peso. Después, en el almacén, compró cuatro atados de cigarrillos y fósforos. Con los quince centavos de vuelto, compró caramelos largos. Encendió un cigarrillo, y, tranquilamente, gozándolo, fué a sentarse en un umbral a la espera de Don Rogelio.

¿Pero entraría o se iría a Buenos Aires? ¡Algo había en ese hombre, algo raro, sí, pero que lo atraía a él! ¿Cómo abandonarlo? No dudó más. El era chico de resoluciones definitivas. No se iría. Además, algo también decíale desde adentro de él mismo que nada malo, y sí todo lo bueno, podía esperar de aquel hombre raro que le hablaba con toda seriedad como si él no fuese un atorrantito de la calle. Decidió esperarlo. Encendió otro cigarrillo y se puso a chupar un caramelo.

No tardó en aparecer la alta y singular figura de Don Rogelio, en la otra esquina. El muchacho dejó que entrara y después de un rato, calmosamente dando las últimas chupadas al cigarrillo, se encaminó a la casa.

En cuanto entró, la voz de la anciana le hirió los oídos. Le contaba a Don Rogelio su pelea con el vecino. Al verlo a él gritó:

—¡Ahí está el bandido! ¡No lo quiero más aquí!

Don Rogelio se volvió al chico, severamente.

—¿Por qué hizo eso, mi amigo?

—Yo le diré la verdad, Don Rogelio. Yo me asomé porque sentí olor a cigarrillo y yo estaba reventando por fumar. Le pedí un cigarrillo y él me tiró un chorro de agua en la cara...

—¿Ha visto, madre? Ya le decía yo que algo le habría hecho el hombre también.

—¡Ah, sí, dale alas vos, ahora! — gritó la anciana; y se fué, iracunda.

Don Rogelio se volvió al niño:

—Ha hecho mal, amigo, en hacer lo que ha hecho.

—Después de mojarme, se rió a carcajadas, farreándome.

Bueno. Ya hablé con el director. Mañana a la tarde, lo llevo a la escuela.

Así que trate de no hacer diabluras. Venga a mi escritorio... Aquí tiene este libro. ¿No sabe leer nada?

—Algo, muy poco.

—Vea las figuras. Entretanto, yo escribiré.

El chico se sentó a mirar las láminas. El hombre escribía. De pronto, éste comenzó a revolver sus papeles y libros. Buscaba algo. El chico presintió qué, y se armó de impasibilidad.

—¿Qué busca, don Rogelio?

—Un diccionario que yo tenía aquí. Voy a ver, quizás mi madre lo haya puesto en otro sitio.

Y se levantó. Volvió a entrar con la anciana; ésta protestando:

—Yo no he tocado nada. Ya sabés que yo no toco nada aquí. ¡Ha de haber sido ese, tu protegido! Estoy segura que ha sido ese.

Don Rogelio se encaró con el niño:

—Dígame la verdad, Teobaldo. ¿Vd. sacó ese libro?

—¿Cuál?



..."Ahora me doy cuenta porqué. Me quiso agarrar a escobazos".

—Un libro grueso que yo tenía aquí.

—No, Don Rogelio.

—¿Me dice la verdad?

—Mire, Don Rogelio: ¡Yo no he sacado nada! ¡Se lo juro por mi madre muerta! ¡Ve!

Y se besó los dedos en cruz.

—¡Lo creo! — dijo el hombre — yo lo he de haber puesto en otra parte y no me acuerdo ahora.

—Sí, creéle, creéle nomás. Si sos más niño que él... — protestó la anciana — ¡Estoy segura que él te lo ha sacado!

Salió. Don Rogelio había vuelto a escribir. Y el niño a mirar las láminas.

¡Pero no podía estar más allí! Fenómeno raro en él, sentía unas ganas extrañas de llorar. La presencia de Don Rogelio, lo lastimaba. Necesitaba salir, correr, aturdirse, hacer cualquier cosa, no sabía qué; pero no quedarse allí, junto a aquel hombre tan raro... Tan raro que creía en él.

Se levantó y dijo una excusa:

—Voy hasta el servicio. Ya vuelvo.

Salió al patio y de allí echó a correr a la calle. Sin saber porqué, corrió hasta la librería. No llevaba plan ninguno. A él no podía ocurrírsele darle los cigarrillos, los fósforos y los caramelos al comerciante y que éste le devolviese el libro. Esto podía ocurrírsele a un pobrecito niño bien; pero él no era un niño bien, era el "El Pecoso", y sabía demasiado que los comerciantes no son blandos a las historias. Ellos lo que quieren es vender. ¡Y nada más! ¡Si los conocía! ¿Pero por qué iba allí, entonces? No lo sabía bien. Sí, sabía que el libro de Don Rogelio tenía que volver a Don Rogelio, fuese como fuese. ¡Y allí estaba! Bien cerquita de la puerta, en un escaparate sin vidrios y con un letrero: $ 2.00.

—¡Sí será estafador!. — pensó el chico —. Me lo acaba de comprar a uno y ya lo quiere vender a dos. Le quedaban dos soluciones al problema. Y el problema era este: *El libro tenía que volver a Don Rogelio.*

Las soluciones eran: O ir a lo de Don Rogelio, confesarle todo y hacer que viniese a comprar el libro, o robarlo.

Se decidió por esto. Le pareció lo más justo. Más: le pareció inicuo que Don Rogelio tuviese que pagar $ 2.00 por un libro suyo que él había vendido a un peso, porque para el chico, el libro no era del comerciante, seguía siendo de Don Rogelio. Decidió robarlo. Pasó una vez, dos veces, tres veces por la puerta. Se detuvo a mirar una revista. Subió el escalón. Con un ojo miraba al comerciante que leía el diario, con el otro hacía como que contemplaba la revista. Estiró la mano, y salió corriendo con el libro. Oyó un grito de mujer:

—¡Ladrón!

Seguramente, estaba allí la mujer del librero que él no había visto. Siguió corriendo, ligerísimo. En la primera esquina dobló, dobló en la otra y en la otra...

Hipando, sudoroso, llegó al escritorio de Don Rogelio. Este escribía aún.

—¡Aquí está su libro! — exclamó, triunfante; y lo plantó sonoramente contra la mesa.

Don Rogelio se incorporó, asombrado:

—¿Y esto?

—Su libro.

—Sí, mi libro, ¿pero dónde estaba?

—En la librería. Yo se lo había vendido, y ahora fuí y lo traje.

—¿Pero cómo? ¡Explíquese, a ver!

—Ya le dije que yo reventaba de ganas de fumar. Yo vi ese libro allí, lleno de polvo, creí que Vd. no lo necesitaría y lo fuí a vender. Me dieron un peso. Compré cigarrillos, fósforos y caramelos. ¡Aquí está todo! Después, vi que Vd. necesitaba el libro...

Vd. me preguntó... Yo le mentí... Y después de mentirle me entraron unas ganas de llorar, ¡pero qué ganas de llorar! Entonces me fuí a la librería otra vez. ¿Y sabe lo qué vi? ¡Que el librero pedía dos pesos por el libro y a mí me había dado uno! ¡Se lo robé! ¡Aquí está! ¡Para que no sea chorro!... Quiero decir: ¡Para que no sea ladrón!

¡Mal, mal, mal, mi amigo — gritó don Rogelio. — ¡Ha hecho mal!

Y tenía una expresión tan severa que el niño se intimidó. No se atrevió a preguntarle como hubiera sido su deseo, ¿por qué está mal?

—Venga, vamos a devolver el libro.

—¡No! Me va a encanar el librero.

—No. Yo lo conozco. Vamos.

Don Rogelio cogió el libro y salió. El chico detrás.

Aquel, preocupado, disgustadísimo. No hablaba. Su silencio molestaba al niño más que si lo hubiese abofeteado. Se atrevió a hablar:

—Don Rogelio...

—¿Qué?

—Si el libro es suyo, ¿por qué lo va a devolver?

—Pero el librero le pagó un peso a Vd.

—Sí.

—Entonces, el libro es de él, ahora.

—Pero si yo se lo había robado a Vd., don Rogelio. El compró una cosa robada.

—Pero el librero no sabía que era robada.

—¡Ja! ¿Vd. cree que él no sabía? ¡Sí, don Rogelio! Los comerciantes de compra y venta; ¡si yo los conozco! Mi papá siempre decía que son más ladrones que los ladrones, porque les roban a los ladrones. ¡Estoy seguro que el librero maliciaba que yo había robado, estoy seguro!

—No importa. Yo se lo compraré.

—Le va a pedir de más.

—Se lo pagaré.

—¡Qué macana va a hacer, don Rogelio!

Y continuaron silenciosos. Ya habían llegado. El niño no se atrevió a entrar y quedó en la puerta, atisbando. Vió así cómo don Rogelio, después de las explicaciones, pagaba los dos pesos que el comerciante pedía.

No pudo contenerse, gritó:

—¡Chorro! ¡Cobra dos pesos lo que pagó uno! ¡No le pague más que uno, don Rogelio! ¡Es un chorro ese!

El librero salió a la puerta, amenazante, seguido de su mujer:

—Da gracias a don Rogelio, sino te hacía llevar a la comisaría, por ladrón.

—Sí, me iba a cachar a mí Vd. ¡Do, re, mi fa, sol! — Y le hizo una seña.

El comerciante, rojo de ira, fué hacia el chico.

Tuvo que intervenir don Rogelio, contenerle, satisfacerle.

Y volvieron a hacer el camino, otra vez silenciosos, el hombre y el muchacho. Ahora éste también preocupado y sin ganas de hablar. Así llegaron a la puerta de la casa, don Rogelio entró. Tuvo que volverse, porque el chico se había quedado en la calle.

—¿Qué hace ahí?. ¡Entre, amigo!

—¿Y no me echa?

—¡Déjese de pavadas! ¡Entre, amigo! ¿Cómo cree que lo voy a echar?

—Como en otra casa me echaron por lo mismo. Me había olvidado de contarle..

—Me parece que lo que Vd. se ha olvidado de contarme de su vida es más interesante que lo que me ha contado. ¿Eh?

—Puede ser...

—¡Bien! Desde mañana va a comenzar otra vida en la escuela. ¡A ver si sale un hombre útil! ¡Y lo será!

—¿Yo?

—Sí, Vd., Teobaldo Martínez.

—¿Yo?

—Sí, porque Vd. es un niño bueno.

—¿Yo?

—¡Sí, Vd.!

—¿Yo, bueno?

—Sí, Vd. ¿Por qué pone esa cara de espantado?

—¡Es la primera vez que me lo dicen!



...Cogió un libro de los muchos que había allí...

Y volvieron a hacer el camino, otra vez silenciosos...

La Venganza del Cuadro Inconcluso



—¡La figura ha surgido del cuadro! — eclamó Gryde, retorciéndose las manos — ¡Mire, mire el cuadro, imbécil!

Juan Ray nació en Gante, Bélgica, en 1887. Ha escrito sus primeros cuentos en lengua neerlandesa, en revistas de Flandes y de Holanda. Después de su primera novela, "Tierra de aventuras", publicó en 1925 **"Los cuentos del Whisky"**, cuya originalidad inmediatamente hizo que se le colocara entre los maestros del género. Posteriormente publicó **"Rum-Bow"**. Su vida, como la de la mayoría de sus héroes, es una eterna y trágica aventura.

QUIERO hablar de Gryde, el usurero. Cinco mil hombres le debían dinero y fué la causa de ciento doce suicidios, nueve crímenes sensacionales, innumerables quiebras, ruinas y desastres financieros.

Cien mil maldiciones le han abrumado y le han hecho reir; la que pasó de esta cantidad lo mató, y lo mató de la manera más extraña, la más terrible que una pesadilla puede concebir.

* * *

Yo le debía doscientas libras, y él me hacía pagar mensualmente intereses mortíferos, además de esto hizo de mí su amigo... Fué una manera de hacérseme más desagradable, pues to que tuve que soportar todas sus perversidades hacer coro a las risas con que festejaba las lágrimas, las súplicas y la muerte de sus víctimas consumidas hasta la última gota.

Pasaba el dolor y la sangre a su Diario y su Mayor en medio de la marea siempre creciente de su dinero.

Ahora ya no me lamento y esto me ha permitido asistir a su agonía. Agonía que deseo semejante a todos sus colegas.

* * *

Una mañana le encontré en su despacho, frente a un joven muy pálido y bien plantado.

El joven hablaba:

—Yo no sé cómo pagarle, señor Gryde, pero le ruego que no me excuse. Tome usted este cuadro; es mi obra única, única... ¿Lo entiende? Cien veces la he recomenzado... Es toda mi vida. Todavía no está definitivamente terminada — falta en ella algo, yo no sé qué... — pero, más adelante, he de encontrarlo y la acabaré... Acéptelo usted en cambio de esta deuda que me mata, y... que mata a mi madre.

Gryde reía burlonamente; habiéndose percatado de mi llegada me indicó que mirara un cuadro de tamaño mediano, que se hallaba apoyado contra la biblioteca. Hice un movimiento de estupor y de admiración. ¡Jamás había contemplado nada más hermoso!

Era la imagen de un hombre desnudo, de una belleza de Dios, surgiendo de un fondo vago, nebuloso, un fondo de tempestad, de noche y de fuego.

—Ignoro cómo le llamaré, — dijo el artista con voz dolorosa, Mire usted esta figura, la sueño desde que era un niño, me la ha inspirado un sueño como las melodías que desde el cielo llegaban hasta Mozart y Haydn.

—Usted me debe trescientas libras, señor Warton, — dijo Gryde.

El adolescente juntó las manos.

—Y mi cuadro, señor Gryde, ¡vale el doble, el triple, el décuplo!

—Dentro de doscientos años, — repuso Gryde. — Yo no viviré tanto.

Me pareció, empero, descubrir en su mirada una luminosidad vacilante, que cambió la fijeza acerada que siempre en ella había visto.

¿Admiración o esperanza de un futuro lucro insensato?

Entonces Gryde habló:

—Me causa usted lástima, — dijo, — y yo tengo el corazón un poco débil para con los artistas. Se lo compro por cien libras.

El artista quiso hablar, el usurero se lo impodió.

—Usted me debe trescientas libras pagaderas en mensualidades de 10. Voy a firmarle un recibo por los primeros diez meses, lo que corresponde al cuadro. Procure usted ser puntual cuando, dentro de once meses, tenga que efectuar el primer pago, señor Warton.

Warton se cubrió el rostro con sus bellas manos.

—¡Diez meses! Serán diez meses de reposo, de tranquilidad para mi madre. Ella está tan nerviosa y apesadumbrada, señor Gryde, y además podré trabajar con tranquilidad durante diez meses...

Tomó el recibo.

—Pero, — dijo Gryde, — según sus propias manifestaciones al cuadro le falta algo; usted lo terminará y obtendrá un título para dentro de diez meses.

El artista prometió, y el cuadro fué colocado en el muro, sobre el escritorio de Gryde.

* * *

Once meses transcurrieron. Warton no pudo pagar su mensualidad de diez libras.

Pidió, suplicó, sin lograr nada. Gryde ordenó la venta de los bienes del desdichado. Cuando los representantes de la justicia penetraron en la casa, encontraron a la madre y al hijo durmiendo el sueño eterno en la infernal atmósfera de un brasero de carbón.

Sobre la mesa había una carta para Gryde.

"Le he prometido el título para mi cuadro, — decíale el artista. No lo olvide: "La venganza". En cuanto a su terminación, cumpliré mi palabra".

Gryde quedó poco satisfecho.

—En primer lugar ese título no le conviene, — decíase, — y luego: ¿cómo lo va a terminar?

Acababa de arrojar un desafío al infierno.

* * *

Una mañana, encontré a Gryde extraordinariamente enervado.

—Mire usted el cuadro, — me dijo en cuanto llegué. — ¿No vé usted nada?

Yo no noté ningún cambio.

Mi declaración pareció causarle gran satisfacción.

—Imagínese usted, — me dijo, pasando su mano por la frente que ví cubierta de sudor. —Fué ayer, después de media noche, cuando ya acostado recordé que había dejado papeles muy importantes sobre mi escritorio. Me levanté inmediatamente para reparar este olvido; encontré con mucha facilidad el camino en medio de la oscuridad en que se hallaban las habitaciones, cada uno de cuyos rincones me es harto familiar. Penetré, pues, en mi despacho sin encender la luz, con el agregado de que la luna [illegible]laba [illegible] sobre mi escritorio. Cuando me incliné sobre los papeles algo se movió entre la ventana y yo...

En eso, cambiando de tono e interrumpiendo su relato, Gryde exclamó:

—¡Mire usted el cuadro! ¡Mire el cuadro!

Estaba como loco. Luego volvió a explicarse:

—Se trata de una alucinación, sin duda.. Es cosa rara en mí... Me ha perecido que la figura volvía a moverse... Bien. Anoche me pareció ver, no, no me pareció sino que ví que el brazo del hombre surgía de la tela para agarrarme.

—Usted está loco, — le dije bruscamente.

—Bien que lo quisiera, porque si esto es cierto...

—Pues, si usted cree que es cierto, con destruir la tela ha terminado.

El rostro de Gryde se iluminó.

—Siendo tan sencillo, no había pensado en ello, — dijo.

De un cajón extrajo un largo puñal con el mango finamente cincelado.

Pero, como se aproximara al cuadro para destruirlo, repentinamente cambió de parecer.

—No... ¿Para qué desperdiciar cien libras, nada más que porque he tenido una pesadilla...? Usted es el que está loco, mi joven amigo.

Y, rabioso, arrojó el arma sobre el escritorio.

* * *

No era el mismo Gryde el que encontré al siguiente día, sino un viejo con ojos de demente, temblando terriblemente.

—No, — exclamó, — no estoy loco... ¡Imbécil! He visto la realidad. Anoche me he levantado para constatar si había tenido una pesadilla. Pues bien. ¡La figura ha surgido del cuadro! — exclamó Gryde retorciéndose las manos — ¡Mire, mire el cuadro, imbécil!... ¡Se ha apoderado de mi puñal!...

Eché mis manos a la cabeza. Creí enloquecer como Gryde. Mi lógica se revolucionó: ¡la figura del hombre desnudo tenía en la diestra un puñal que no había empuñado hasta el día antes. Por el cincelado reconocí en él al que Gryde arrojara el día anterior sobre el escritorio!

* * *

Conjuré a Gryde para que destruyera aquella tela; pero, la avaricia triunfó sobre el miedo.

No quería creer que Warton fuera capaz de cumplir su palabra.

* * *

Gryde ha muerto...

Se le encontró sobre su butaca, exangüe, con la garganta abierta. El acero mortal había llegado hasta el cuero del respaldo de la butaca.

He mirado con terror aquel cuadro: la hoja del puñal estaba tinta por la sangre hasta la empuñadura.



Encontraron a la madre y al hijo durmiendo el sueño eterno en la infernal atmósfera de un brasero. (Ilustró Premiani).



(TRADUCCION ESPECIAL PARA "CRITICA")

Voces

por Pedro Herreros

La frente hacia la aurora,
los cabellos al viento,
voy a empuñar mi remo en la galera,
en la dura galera del Ensueño.

Y de pronto me asaltan el oído
—el oído siniestro—
unas voces que son de admonición
o de grave consejo.

Y dice la primera:
"Has errado el sendero...
Tú serías ahora un comerciante
bien forrado en dinero,
y serías más útil a la patria
midiendo tela que midiendo versos".

Y clama la segunda
con acento patético:
"¡Qué loco pertinaz!
Este es un loco de los que hacen ciento.
Y, la verdad, me extraña
verte en la calle suelto".

Y exclama la tercera
con conmiseración y menosprecio:
"Eres un infeliz, pues que no tienes
dónde caerte muerto".

Y al fin suena la cuarta, sentenciosa y terrible:
"Eres un desgraciado. Tírate al río, Herreros".

Y, de todas las Voces, esta última
es la que más me gusta, y por supuesto,
me tiro al río y como sé nadar
con el baño me lavo las Voces y los Ecos.

Pedro Herreros

TIENE MUCHO DE AUTOBIOGRAFIA LA ULTIMA OBRA DE ALBERTO GHIRALDO, TITULADA "HUMANO ARDOR"

ALBERTO Ghiraldo, el ardoroso batallador, acaba de publicar en España un nuevo libro. Se titula "Humano ardor" y lleva por subtítulo "Novela Argentina". Es, en efecto, una novela argentina, la novela de la evolución política y social de nuestro país y especialmente de Buenos Aires en los últimos cincuenta años.

Salvadorito

He aquí el protagonista o, quizá mejor dicho, el personaje principal (ya que protagonista es en realidad, en la obra, todo un pueblo) de la novela. Se llama Salvador de la Fuente y lo llaman Salvadorito. Ha nacido en la Capital Federal, se ha criado en un pueblo provinciano y regresa a Buenos Aires en la flor de la adolescencia.

Buenos Aires es la ciudad atolondrada, pero de irresistibles ansias de progreso, del último vintenio ochocentista. La gobierna (como a toda la nación) una oligarquía desvergonzada. Contra esa oligarquía se alza majestuoso un tribuno, que es a la vez caudillo popular y que, con un fuerte partido político bajo su dirección, promueve una insurrección militar.

Ya se habrá entendido que se trata de la formación de la Unión Cívica Radical (Unión Nacionalista, dice Ghiraldo, velando la realidad), de la figura de Alem y de la revolución del 90. Alem se llama en la novela Almada, pero es fácilmente reconocible en su estampa y en sus hechos.

Salvadorito actúa en la revolución; luego, llevado por la vida a la honda existencia de los trabajadores, se deja ganar por las ideas socialistas y aún anarquistas; contribuye a la fundación del Partido Socialista, publica un periódico libertario que una patota patriotera, al mando de un coronel del ejército nacional, destruye un día, es encarcelado por los gobiernos burgueses, luego deportado, luego amnistiado; hasta que, producida la hecatombe de la guerra mundial, se resuelve a trasladarse al viejo mundo, para contemplar y estudiar allí la vida que hizo posible aquella matanza horrorosa y poder un día regresar a su patria con grandes enseñanzas.

Autobiografía

Pronto habrá advertido el lector que hay en el relato de que hemos dado un resumen, mucho de autobiografía. Es la novela, en efecto, como un reflejo apenas disfrazado de la vida del propio Alberto Ghiraldo, cuya actuación política y social en la Argentina se asemeja punto por punto a la de su héroe poético.

"Humano ardor" puede ser estimado, pues, como un precioso documento de un testigo y actor de horas intensas argentinas, las horas de la forja definitiva de nuestra democracia, con el asalto a las oligarquías y la iniciación de las organizaciones proletarias.

Como novela, puede, acaso, hacérsele el reparo de que es demasiado realidad, es decir, de que, teniendo demasiado presente la verdad de los hechos a que alude, se olvida el autor de elevar la categoría de su arte, lo que, por cierto, no es de lamentar si se comprende (como se comprende en seguida) que antes que obra de esteta, Ghiraldo ha querido hacer obra de propagandista.

Por eso no interesa mucho que en la pintura del ambiente haya descuidos notorios, y el idioma no sea certeramente típico cuando quiere serlo, empezando por el diminutivo del personaje central, que en nuestro lenguaje familiar habría sido "Salvadorcito".

Irigoyen en Penumbra

Transcribiremos ahora, para dar una muestra precisa de la evocación y el estilo de la novela de Ghiraldo, uno de sus capitulitos, el que se refiere a la revolución del 4 de febrero, con Irigoyen como caudillo. El capitulito se titula "La Asonada" y dice así:



Alberto Ghiraldo

(Dibujo de Guida).

LA ASONADA

El movimiento preparado por la fracción radical de la antigua Unión Nacionalista tenía ramificaciones en todo el territorio de la República. La organización revolucionaria no había fallado en sus planes. De acuerdo con éstos y a una hora determinada, las once de la noche de un 4 de febrero, destinado a ser famoso en los modernos fastos argentinos, y como obedeciendo a un resorte manejado certeramente desde la capital, dióse el grito de rebelión en los cuarteles.

Las tropas sublevadas, y al mando de los oficiales comprometidos, tenían orden de avanzar todas hacia Buenos Aires, cuyo Arsenal de Guerra debía ser ocupado por el director del movimiento.

Dos horas antes de la fijada para el estallido, un oficial traidor dió el alerta en el Ministerio, y éste, por pronta providencia, ordenó el relevo de la guardia, yendo el propio jefe de las fuerzas en plaza a hacerse cargo del fuerte.

La guardia relevada era la comprometida y la que debía entregarse al jefe de la revolución.

Cuando éste iba en camino del Arsenal tuvo conocimiento de la traición y, considerando fracasado el golpe e inútil su sacrificio, determinó huir, ocultándose en tal forma que "se lo tragó la tierra", según el espíritu de la frase pintoresca y vulgar.

Con otro temple, con el temple de Almada, por ejemplo, y una vez fracasada la tentativa de apoderarse del Arsenal, otro hombre, otro jefe de revolución, teniendo en cuenta que, respondiendo a sus órdenes, las tropas sublevadas iban ya en dirección de la ciudad, hubiera salido gallardamente a recibirlas para ponerse a su frente y correr con ellas idéntico destino.

Pero el nuevo caudillo pensó en otra forma. Consideró probablemente más útil para la causa poner a buen recaudo su valiosísimo esqueleto y se esfumó entre las sombras de aquella noche infausta.

En la madrugada del día mencionado las tropas en rebelión tuvieron conocimiento del fracaso y de la ausencia del jefe, y empezaron a deliberar sobre tan triste percance.

La oficialidad comprometida arengó a las tropas, demostrándoles lo contraproducente de la lucha en tales condiciones, y les aconsejó la vuelta a los cuarteles respectivos, puesto que ellos, los oficiales, eran los únicos y directos responsables de la sublevación.

Al mando de los sargentos se hizo la contramarcha, y los oficiales se dispersaron, escondiéndose unos, como su jefe, y huyendo, otros, al Uruguay vecino.

Sólo un capitán, el capitán Altomonte — antiguo "patotero" urbano con tanta fama de valiente como el propio coronel Espinilla, el asaltante invicto de "El Trabajo" —, sintiéndose también héroe temporal, determinó no entregarse, y continuó alzado con su gente — la compañía que mandaba y los reclutas y simpatizantes de la "patriada" que pudo "rejuntar" en su marcha —, resuelto a "peliar por cuenta propia", como dijo, no sin gracejo, repitiendo la gráfica frase del gaucho Berón, cuando éste compró el cañoncito de marras, cansado de "achurarse" en servicio de odios ajenos...

En persecución del capitán Altomonte hubo que mandar una columna de ejército para coparlo y obligarlo a rendirse con la menor efusión de sangre, cosa que no ocurrió, porque después de varias "danzas" y "contradanzas" militares por el desierto, se desbarató la compañía, esfumándose con ella la postrer esperanza de los motineros.

Y así se puso término en el terreno militar a la histórica asonada.

* * *

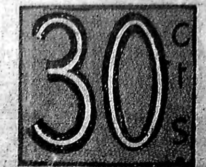
Pero otra cosa digna de mención ocurrió en el terreno civil. El jefe fracasado era sin duda alguna hombre de cálculo. Pensó, y pensó cuerdamente, que sólo un gesto de desprendimiento excepcional podía salvarle. Era hombre de fortuna, estanciero rico que había trabajado con éxito — el mismo caso de Rosas —, y puso a disposición del desastre, es decir, para repararlo en lo posible, todo su haber. Mientras duró el proceso provocado por la asonada atendió con su peculio personal a toda la oficialidad comprometida por él, así como a las familias abandonadas. Desde su escondrijo — que fué un misterio siempre — manejó con sagacidad el tinglado levantado para administrar su derrota, que la suerte y su habilidad innegable, ya que no su heroísmo, debían convertir en triunfo con el correr de los años.

El Porqué De Su Individualidad

Porque, por encima de todo otro interés que no sea hacer del POUR LA NOBLESSE, Escudo Colorado el cigarrillo "por excelencia" que se toma por modelo, cuando de alta calidad se habla, sus fabricantes tratan, por todos los medios que el mejor tabaco habano y una elaboración única en nuestra industria ponen a su alcance, justificar el ya popular fallo de nuestros fumadores:

NO PUEDE SER MAS QUE UN:

POUR LA NOBLESSE



ESCUDO COLORADO

VIDA Y MUERTE

Una historia

por Roberto

(Colaboración especial para CRITICA)



Arbolito Murió en su Ley, Baleado por la Policía. Y sin Embargo Realizó Conductas de una Bondad Dulcísima que lo Santificaron, como Cuando Visitó el Bazar "La Diamela" Exponiendo su Vida, Sólo por Cumplir con sus Amigos.

LE decían Arbolito.

Largo y seco, desencuadernado y descoyuntado, parecía, cuando levantaba la mano para alcanzar la pelota, que desprendiéndose de la caja del cuerpo se le iba a ir el brazo a las nubes; y cuando corría daba la impresión de que iba a dejar una pierna abandonada en mitad de la carrera, pues destrenzaba movimientos largos, bruscos, independientes unos de otros, sin armonía totalizadora, produciendo esa sensación visual desconcertadora de cuando por ejemplo uno ve en una fábrica de carruajes las veinte piezas sueltas de un vehículo desarmado. Arbolito daba siempre ésa impresión; parecía que cada miembro, cada músculo, realizaba movimientos independientes. Una vez, viéndole saltar tan de repente para coger una pelota en el frontón del almacén, gritamos todos: "¡Se deshace!..." y cogió al vuelo la pelota y ganó su tanto.

Usaba pantolones amplios, holgados, que el viento al golpearlos dividía en planos que se cortaban unos a otros como ciertas figuras geométricas. Otra impresión visual era la del espantapájaros, pero en el suburbio ciudadano ignorábamos entonces la cosa y el nombre campesinos. Ahora, al recordarlo, me parece que efectivamente semejaba un espantapájaros. El, dentro de sus hinchados trajes, parecía una bolsa de maíz con solo un grano dentro. ¿No vió usted nunca un abrigo colgado del gancho de una percha? Pues cuando Arbolito aquella vez usó un sobretodo obtenido quién sabe cómo, parecía precisamente un sobretodo vacío colgante de un invisible gancho y que el viento — no una voluntad humana — transportase de un lado a otro. Siempre holgaba él dentro de su indumentaria, pero los brazos le sobraban; eran demasiado largos y los agitaba al hablar. Hablaba utilizando una voz gruesa y sonora, de bajo profundo, que desentonaba en su cuerpo esmirriado y largo y fino.

Le decían Arbolito.

Era, efectivamente, como un arbolito, desprendiendo de su tronco seco y alto, dos ramas: los brazos.

Arbolito tenía una maniobra especial para ganarse en seguida la familiaridad y la confianza del recién conocido. Quería ser simpático a todos, quería ser amigo de todos, para lo cual extremaba su solicitud y su amabilidad con cualquiera que fuese. Había descubierto una táctica para hacerse de amigos inmediatamente.

—¡Ah! ¿Usted es de Floresta? Yo tengo un amigo en Floresta, a cuatro cuadras de la estación, se llama Eduardo, le dicen Tarrito; una vez, con ese Tarrito, que era un buen muchacho...

Y contaba cualquier cosa que inventaba a medida que nacían sus palabras. Con sólo el nombre

...Cuando corría daba la impresión de que iba a dejar una pierna abandonada en mitad de la carrera, pues destrensaba movimientos largos, bruscos, independientes unos de otros, sin armonía totalizadora, produciendo esa sensación visual, desconcertante, de cuando, por ejemplo, uno ve en una fábrica de carruajes las veinte piezas sueltas de un vehículo desarmado

de una localidad, de una fábrica, levantaba el edificio de un suceso imaginado, en el cual por humildad él era actor más bien secundario mientras que otro personaje de ficción arracimaba sobre sí el interés y la importancia unánimes. Derramaba detalles realistas para dar impresión de verdad auténtica.

—Honorio, que le decía Rayita, aquel que tuvo aquel asunto con el Gallego López, ¡Rayita, hombre, aquel Rayita que después murió en Rosario cuando la huelga del... Bueno, con ese Rayita...

Otra manera de insinuarse en la confianza del recién conocido:

—¡Ah! ¿usted trabaja en "La Cantábrica"? Una vez casi entro yo a trabajar allá. Fuí con Esteban el Austriaco, ¿no lo conoció? (qué lo iba a conocer, si acababa de inventarlo) a pedirle trabajo al gerente; nos dió trabajo; a mí en la calderería, y a él en los remaches. Trabajamos esa tarde y no volvimos más... eramos así...

Con tan cordiales mentiras que arrancaban sonrisas y carcajadas, Arbolito se captaba la simpatía unánime.

Arbolito era ladrón.

A veces desaparecía del barrio. O estaba preso "en averiguación de antecedentes", o purgando alguna equívoca y a veces inexistente portación de armas, o andaba vagando por otros suburbios por los pueblos del sur. En otras ocasiones, debía esconderse. Recuerdo que una vez se pasó como seis meses en la pieza del griego Demetrio, tomando mate y sin despegarse de la puerta.

La víspera, efectivamente, la corrieron por ahí, emborrachándose. Habían comenzado en la pieza: Gaspar había traído un porrón de ginebra, de la que bebimos hasta los chicos. Arbolito estaba alegrísimo y hacía cambiar el disco del fonógrafo a cada momento

Nosotros, los chiquilines, solíamos ir a oírle sus cosas, sus cuentos, sus historias, sus filosofías. Entonces más me interesaba la descripción de sus fechorías interpretadas por él mismo, que las consideraciones de oden moral con que solía sazonar sus conversaciones. Razonamientos de ética los oía como quien oye el ruido del mar, sin poner de mi parte ningún empeño en fijarlos en mi memoria, ni me interesaban, aunque ya comenzaba a descubrir que la moral de Arbolito era distinta de las del maestro y el cura, intuyendo que la del ladrón contenía más alegría y más bondad. Hoy, al recordar a Arbolito después de veinte años, la anécdota exterior se esfuma en el recuerdo y necesito hacer algunos esfuerzos para desentrañarla del tiempo pasado, mientras que sus peregrinas ideas se me aparecen con una claridad ignorada entonces.

Pasé al lado de la vida de Arbolito, sencillamente, como al lado de tantas existencias; es hoy cuando siento verdaderamente la trascendencia de aquella vida, su importancia, su poesía, su amor, su influencia sobre mi espíritu de niño. Es hoy cuando regresa mi conciencia de aquellos alueñados días y siento y comprendo lo que entonces me era indiferente.

Arbolito tenía ideas y sentimientos de Diego Corrientes y demás bandoleros de igual factura. Ahora se explica, ahora me explico que Diego Corrientes haya apasionado a las masas humildes llegando a constituir el prototipo del "buen ladrón'. Las gentes engañaban a los guardia civiles y demás autoridades y con genuino cariño procuraban refugios al buen ladrón cuando éste era perseguido. Porque Diego Corrientes asaltaba y desvalijaba a los prepotentes poderosos miembros de una clase sensualista y satisfecha, miemtras que, por el otro lado, ayudaba, protegía, a las víctimas, a los humildes, a los pobres. Diego Corrientes creaba afectos e intereses y recogía simpatías y favores inestimables. No es verdad que a él lo ayudasen por el temor ni por las amenazas, sino por la simpatía. Había un fondo de auténtica bondad en Diego Corrientes, como lo hubo en Arbolito, bondad que muchísimas veces aparecía en la superficie de los actos humanos y se derramaba cordialmente, alegremente, desinteresadamente, sobre los humildes. ¿Cómo no querer y ayudar a ladrones así de buenos? No se ha creado el tipo del buen ladrón después de la leyenda de fabricación más o menos culta sino, que el proceso fué al revés: el personaje existente y real en el tiempo y el espacio, ha originado la leyenda popular que lo acabó por purificar e idealizar.

En cuanto a Arbolito, yo no voy a mentirle ideas y sentimientos de marqués versallesco, ni de santo anacoreta de la Tebaida; Arbolito era ladrón, vivía robando, murió en su ley, baleado por la policía, y sin embargo, realizó conductas de una bondad dulcísima, emocionante, que para mí — para mí únicamente — lo santificaron, como cuando visitó en la complicidad del silencio y las sombras nocturnas, el bazar "La Diamela" exponiendo su vida, prolongando la exposición de su seco cuerpo delante del inminente peligro solamente por cumplir un acto de bondad, un acto de piedad pura, un acto que no realizaban los personajes que en mi imaginación de niño creía que estaban obligados a ello: el cura, el maestro, los hombres honestos, graves, de barba negra y semblante rígido. Por eso decía que la moral de este muchacho ladrón, tenía para nosotros una cordialidad y una alegría especiales que faltaban en las clases del maestro y en las conversaciones de las personas honestas.

Nos había dicho:

—Pibes, ¿qué quieren que les regale por Navidad?

Sentíamos que no nos mentía; Arbolito gozaba de nuestra confianza integral; creíamos en él; sus promesas creaban en nosotros una esperanza que cuajaba siempre en fresca realidad. Nos iba a traer fusiles, pelotas, diábolos, y quién sabe qué extraños juguetes con movimientos maravillosos.

Ahora, me lo imagino, a veinte años de distancia, haciendo una lenta espera en alguna esquina, aguardando el minuto exacto; me lo imagino forzando con ganzúa la puerta de calle que al fin se abre despacio; él entra, cauteloso y silencioso, conteniendo la respiración y afilando el oído y la mirada; sombras y silencio, dentro; llegan los ruidos pesados de un carro desde la calle; silencio, sombras; por fin habituados sus ojos a la obscuridad, distingue un pasillo, unas estanterías, un montón abigarrado de juguetes; asegurado de la momentánea impunidad, se atreve a abrir la linterna cuyo cono de luz gira lenta y medrosamente hasta clavarse en una repisa: son muñecas; Arbolito sonríe: no sirven; busca pelotas, diábolos, escopetas; los encuentra por fin y va hichando sus holgados bolsillos. Había cerrado la puerta de calle para no llamar la atención de los posibles transeuntes; había, pues, cortado la única posibilidad de huida en caso de sorpresa; si ahora él tropieza haciendo caer o rodar con estrépito algún objeto — una lamparita, un centro de mesa, un chisme cualquiera — si ahora fuese sorprendido por el dueño del bazar, ¿qué sucedería, con la única puerta próxima, cerrada? La abriría, sí; pero necesitaría emplear un tiempo, un tiempo suficiente para la reacción del dueño, el tiempo necesario para recibir él, Arbolito, en su pulmón, o en su cabeza, o en su corazón la bala del dueño. Y cada segundo que se viene encima trae consigo la posibilidad de una sorpresa ensangrentada. Un revólver tiene cinco balas, o seis, pueden dispararse sobre las espaldas de Arbolito mientras éste forcejea rápidamente para abrir la puerta de calle. Delante de la muerte está Arbolito; se aproximó a la muerte, Arbolito, se la aproximó la víspera de Navidad para errebatarle, a la muerte, dos escopetas de juguete con que encender la alegría pueril de cuatro niños de conventillo. ¡Oh, Arbolito, Arbolito del Corazón Bondadoso!

Si no tan piadosos como los que acabo de referir, podría enfilar otros casos realmente líricos, desinteresados, por ejemplo: casi todas las mujeres del conventillo y de la manzana, le debían saldos de cuentas, o cuentas enteras, por géneros o cosas de vestimenta femenina, y él, muchas veces sin moneditas para comprar un cuarto de yerba, no se atrevía sin embrago a exigir su dinero porque pensaba que, estando a quince o veinte días del mes, ¿cómo se atreve uno a pedirles? Sin embargo, estos géneros que él malvendía a las mujeres los obtenía exponiendo su vida a la muerte o quién sabe a cuántos años de cárcel.

Ya he insinuado que su bondad estaba sostenida por algunas ideas morales.

Arbolito tenía, como cualquier filósofo alemán, sistematizada su interpretación de la vida y expresaba en caló sus ideas generales. Me es imposible reconstruir ahora su lenguaje peculiar; muchas palabras entonces potentes y gráficas y preñadas de sentido, se desgastaron con el tiempo como la tela de pobre y ya no tienen hoy ningún color, ninguna forma, ninguna sugerencia, como "cachafás", "chafe", etc.

Arbolito era más bien pesimista y amargo en sus meditaciones nunca comunicadas aunque su conducta exterior reventase de alegría. Su amargura yo la intuía ya en aquellos días. Acaso le habré visto alguna tristeza asomar en la sonrisa, alguna melancolía mostrarse en la mirada, algún dolor temblar en la voz, que debieron impresionar vivamente mi imaginación de niño. Su misma profesión, su vida en constante peligro, su enfermedad — era tísico —, su pobreza, el misterio indescifrable de su nacimiento, acaso le habrían conformado el espíritu y le habrían madurado cierta clase de ideas. En fin... Ahora que tengo leídas ciertas teorías sociológicas de izquierda, reconozco que las ideas de reparto social y equilibrio de la riqueza, que exponía Arbolito, eran las mismas que divulgaron ciertos libros ba-

La bala le entró en la cabeza. Las puntas como d
del cuerpo como puñaladas; la cabeza y el cuerp
piernas colgaban del lado interior. ¡Las largas pie
clavos de una horqu

DE ARBOLITO de ladrones

Mariani

(Ilustraciones de Premiani)

...tos de tapa blanca con el retrato del autor en ...a esquina de la portada; eran las mismas ideas ...su forma sentimental, o mejor, sus ideas eran ...realidad puro sentimiento. Hacía una simplis... división de las gentes: ricos y pobres; entre ...ricos incluía a los pobres servidores de los ...derosos: criados, vigilantes, etc. A éstos los ...diaba con virulencia y en cuanta ocasión se ...sentaba les enrostraba su híbrida situación, su ...ición a la clase a la que pertenecían en verdad.

Arbolito creía en Dios. Creía en Dios de una ...nera extraña. Afirmaba su existencia sin dete...se a discutir.

Una vez, en el bautizo de la hijita de un ve...o, el Padre Blanco habíale reprochado esa in...uridad de su vida desarrollándose al margen ...la ley. Arbolito, con una terca seguridad, ...estaba:

—Yo no soy lo que usted piensa; además, no ...erdad lo que usted dice. Es que no hay que ex...crar. No soy un santo, pero tampoco soy lo q... dicen. Además, yo nunca ataqué a los pobres n...oy cobarde para meterme con los que, como y...no tienen sobre qué caerse muertos. Hay que e...nder las cosas. Yo no me meto con los po...b... Son los ricos los que abusan siempre. Son lo... ricos los que roban en grande y silenciosa...m...te, pero como las leyes las hicieron ellos, las h...ieron para salvarse ellos. El día que seamos n...otros los pobres los que hagamos las leyes, p...dremos: los que exponen su vida para ga...n...e el sustento, absueltos; los que amontonan m...ones especulando con suministros al gobier...n... pena de muerte...

El Padre Blanco se horrorizó y Arbolito reía, s...ro de su propia bondad y de que tenía ra...z... él, mientras que el cura estaba equivocado. Estas ideas, algunas frases como "contribuir a... justicia social", debió haberlas bebido en a...n libro anarquizante.

Porque Arbolito tenía tres libros en su pieza.

—¡Ché, pibe, vos que leés tan bien, agarrá a...el libro, no, el de abajo, ese, leé esa carta de T...oy al zar donde le dice lo que sufren los c...pesinos! ¡Hay cada pensamiento!

Ahora, tan lejos en el tiempo, lo recuerdo con d...ísima simpatía. Era bueno. Entre las frías y s...ras lecciones de rígida honradez que nos da...b... maestros castigadores y sacerdotes incom...p...sivos, y el ejemplo de Arbolito exponiendo s... vida a la bala mortal del comerciante para t...rnos la mañana de Navidad un barato rifle ...juguete, nuestro corazón de niño se abría sin...mente como una flor y derramaba su aroma s... el hombre dulce, sobre el ladrón...

II

Saltábamos mi hermano Julio y yo la pared del fondo de casa e íbamos a la pieza de Arbolito. Era una fiesta. Mientras todos los hombres del barrio estaban ausentes de día por su horario de trabajo en fábricas y talleres, por esa misma razón estaban de día presentes en su habitación, durmiendo o tomando mate, Arbolito y sus amigos Gaspar y El Choto. Como eran ladrones, trabajaban durante la noche y descansaban en las largas horas del sol.

Después de la siesta, varios chicos entrábamos a la pieza; uno cebaba mate, otro cuidaba el fonógrafo, un tercero iba a comprar algo y acaso yo leía en voz alta versos de Manuel Acuña, que gustaban muchísimo. Los tres hombres, Arbolito, Gaspar y El Choto, contaban historias, ya auténticas, ya fantásticas, ya verdaderas aderezadas con innumerables mentiras; tenían imaginación. Quien narraba mejor era Arbolito; por otra parte le teníamos tal veneración que por eso mismo sus palabras contenían mayor cantidad de gracia e interés.

Estos tres hombres hacían una vida irregular; a veces vivían semanas enteras a mate, papas fritas y pan; en cambio en ocasiones se regalaban desordenadamente con los más diversos manjares y bebidas; yo probé allí mi primera copa de champagne y mi primer tajada de gateau; también allí ví por primera vez complicados y difíciles aparatos de óptica: un objetivo Goerz, por ejemplo, que después malvendían por unos



...lanzas de la verja le entraron en la caja ...colgaban del lado de la calle; las largas ...piernas de Arbolito cayendo como los dos ... de vaquero!

centavos, como "reducían" otras cosas que solía descubrir en la pieza: arañas de luz, cortes de paño, libros en blanco, cajas de calzado, específicos...

En aquellos tiempos, — hace de esto unos veinte años, o más — la policía era como todas de todos los tiempos y lugares, solo que más desembozada. A menos de tratarse de un golpe excesivamente fuerte o escoltado por regueros de sangre o alaridos trágicos, la policía reaccionaba tardíamente y a remezones, y Arbolito y sus amigos permanecían tranquilos, como que habían amenazado al oficial seccional con una terrible venganza. Sin embargo, Arbolito no era hombre de armas tomar; Gaspar y El Choto, sí, especialmente el último, cuyo carácter entraba en ebullición ruidosa inmediatamente. A propósito de esto recuerdo que un día entró El Choto inopinadamente a la pieza con una noticia inquietante.

—Hay que mandarse mudar. El balazo de la otra noche parece que trae cola. Me dijo el oficial que esta tarde van a venir aquí. ¡Ustedes, pibes, a volar que hay chinches!...

Los tres ladrones cerraron la habitación y se fueron, permaneciendo durante dos semanas invisibles. ¿Dónde comían, dónde dormían? ¡Y Arbolito, el pobre, tan delicado!

Porque Arbolito estaba tísico y decididamente en el postrer período de su enfermedad.

Arbolito estaba tísico, pero no solía toser mucho ni jamás se veía sangre en su pañuelo ni nunca tenía la expresión lánguida o cansada. Al contrario. Podía inspirar lástima con solo manifestar su estado de debilidad o las posibles y cercanas consecuencias que le iba a acarrear, y él, sin negar la inminencia de su último suspiro, cubría con pudores y dignidad su físico. Y sus palabras. A propósito: ¿y por qué no han de tener su pudor y su dignidad los ladrones? Yo, que he vivido auténticamente en ambientes de lo más bajo y aterrador por la calidad moral de los tipos, he de contar algún día casos curiosos de orgullo, de piedad, de heroismo moral en seres a quienes los diarios y los burgueses y las gentes honestas maltratan tan duramente con calificativos definitivos negándoles hasta los sentimientos más sencillos y primitivos.

Arbolito era un ladrón y tenía dignidad, "su" dignidad. Si alguna vecina prohibía a los hijos que le visitasen, él se indignaba. Y era porque Arbolito procedía siempre con bondad respecto a los niños y los humildes y los quería con querer puro. Además, pensaba que las madres eran injustas con él; sí que le compraban a precios irrisorios medias y géneros que él conseguía exponiendo su vida a las balas o la cárcel, que para eso Arbolito era un buen muchacho, pero cuando se trataba de los hijitos, él constituía una mala compañía. Y recordaba que para conseguir aquellas medias que después malvendió por pocos centavos a doña Rosa, casi caía en las redes de la policía. Sin embargo, en seguida él empequeñecía el peligro a que había entrado para conseguir mercaderías:

—Total, —decía— el día menos pensado me muero lo mismo. Me matan o me muero. Uno se acostumbra a todo. Yo me acostumbré a eso de que voy a morir y ya no me asusto. Es cuestión de acostumbrarse. Todo lo contrario de asustarme; ya que la muerte quiere meterse conmigo, yo no me le achico.

Y entonces se le ocurrió poner fecha a su muerte: se moriría el próximo 13 de abril. Cayó en cama y era de ver la abnegación de Gaspar y El Choto. Durante los tres meses que duró su primera larga caída en cama, lo atendieron con una solicitud tan cariñosa y abnegada, que ahora, oh Señor, al recordarlo me emociona.

Los días eran largos. Siestas, mates. Mates, siestas...

Arbolito no se murió el 13 de abril. Consiguió levantarse y entonces puso nuevamente fecha a su muerte. Le pareció una gracia y la repetía. Se moriría el 13 de setiembre.

—Quiero morirme con los botines puestos. No soy una mujer para morirme en la cama. Prefiero la bala del vigilante.

Pasó el 13 de setiembre encontrándolo a Arbolito levantado.

—La tercera es la vencida, muchachos; me muero el 19 de febrero — decía casi un año después —. Vamos a festejar el acontecimiento. La víspera vamos a "pillarla".

La víspera, efectivamente, la corrieron por ahí, emborrachándose. Habían comenzado en la pieza: Gaspar había traído un porrón de ginebra de la que bebimos hasta los chicos. Arbolito estaba alegrísimo y hacía cambiar el disco del fonógrafo a cada momento.

Bueno, pibe, otra pieza; poné ese vals español más alegre que un papel de cien.

Acaso mistificaba un poco, acaso él sabía que se encontraba relativamente bien. Después del alcohol, comenzaron con el mate y al cansarse determinaron salir a recorrer los bodegones de la ribera.

Al día siguiente — el día en que iba a morirse — de mañanita, lo trajeron a Arbolito casi desmayado.

No se murió.

Una vez me atreví a aconsejarles que se desprendieran inmediatamente de unos cortes de paño que guardaban debajo de la cama, pues era voz corrida que el sastre andaba buscando con una terquedad incansable. Este sastre del barrio había resultado ser hermano del damnificado que vivía en Floresta.

—Ah, no es cuestión de perder este negocio. Aquella noche tuvimos que caminarla. ¡Hasta Boedo, al fondo!

—¡Floresta, ché!

Aquella noche debieron entregarle dos cortes de paño al cochero que los había traído de regreso al refugio.

—Ese cochero, caray.

Y se indignaban contra el cochero, porque, según ellos, les había robado.

—El, con decir que no sabía nada, se arreglaba. En cambio, nosotros, exponer la vida... Nos embromó el cochero.

De repente, Arbolito puso otra vez fecha a su muerte.

—El 15 es la cosa. El 14 nos la tomamos.

El 14 salió con sus amigos de parranda; lo devolvieron otra vez borracho y casi desmayado; y no se murió.



Y entonces se le ocurrió poner fecha a su muerte: se moriría el próximo 13 de abril. Cayó en cama y era de ver la abnegación de Gaspar y El Choto. Durante los tres meses que duró su primera larga caída en cama, lo atendieron con una solicitud tan cariñosa y abnegada, que ahora, ¡oh señor! al recordarlo me emociona

—Es ahora, agosto, el mes de los tísicos. ¡Esta vez sí que no falla la cosa!

Efectivamente: aquella vez no falló la predicción, sólo que la muerte se presentó de otra manera que embozada en la tuberculosis.

III

En estos días he estado en la Biblioteca Nacional recorriendo los diarios y revistas de aquellos tiempos de mi lejana infancia en los amontonados conventillos de Barracas, buscando en las noticias policiales todos los detalles del suceso que produjo la muerte de Arbolito. Ví la fotografía de los tres ladrones, de frente y de perfil. Como no hablo de mí ahora, guardo escondido el efecto que me produjo esa lectura, mi emoción frente a esos diarios viejos, amarillentos, que me retrollevaban a mis días aquellos... Hace veintitrés años...

¡En fin!...

Hay dos versiones del suceso: la policía dice que tres sujetos peligrosos, ladrones prontuariados, fueron sorprendidos al pretender robar; perseguidos por dos agentes del orden público, reaccionaron descargando sus armas contra los vigilantes; éstos repelieron la agresión, matando a uno, hiriendo a otro. Un tercero logró fugar.

No es verdad.

Como yo conozco los procedimientos de ambos bandos —policía y delincuentes— y penetré en ciertas psicologías, voy a interpretar el trágico suceso utilizando los datos de los diarios, sí, pero según mi modo de ver, que es el exacto.

El Choto había adherido a un comité político de Almagro, donde se jugaba a diversos juegos de azar. Iba al comité todas las noches, mostrándose servicial, ingenuo, amable. No pedía dinero prestado, ni intervenía mayormente en las conversaciones. Jugaba un poco, y muy lentamente. Su proyecto era muy sencillo: quería conocer la vida, los hábitos, la posición económica de algunos concurrentes; la principal noticia ya la conocía: eran personas que se pasaban algunos días de la semana hasta la madrugada jugando, con lo cual dejaban sus casas al cuidado de otros, acaso de mujeres, o solas. Se trataba de averiguar en qué casa se podía dar un golpe y a qué persona. Hasta que eligió: Un comerciante retirado, Juan Bontempo, permanecía dos o tres veces por semana hasta las tres o cuatro de la mañana jugando con avaricia repugnante. Vivía con su señora y una hija. Quedaban solas, entonces, dos mujeres en la casa desde las diez de la noche hasta la madrugada. Juan Bontempo era rico y avaro.

Un domingo por la tarde fueron los tres a conocer la casa de la calle Río Janeiro. Tenía tras una verja un jardincito; la verja era alta. No podían entrar por allí. Dieron la vuelta a la manzana: efectivamente: un conventillo podía servir de entrada; atravesarían el amplio patio del conventillo, escalarían una pared y entrarían en la casa del comerciante.

La noche señalada al efecto, entraron al conventillo Arbolito y Gaspar; El Choto se rezagaba para servir de campana. Saltaron la pared y se descolgaron al patio de la casa elegida. Al atravesar el conventillo, habían sido oídos por dos vecinos, que eran vigilantes de profesión; éstos cogieron sus armas y siguieron a los ladrones. Cuando Arbolito y Gaspar se arrinconaron hacia el zaguán, cuya puerta debían abrir antes de dar su golpe a efectos de tener una salida fácil a la calle, de improviso se sintieron atacados a balazos. Gaspar cayó herido; Arbolito, herido también, corrió los cuatro metros del zaguán y abrió. ¿Qué milagro hizo que estuviese abierta la puerta de calle? Abrió, corrió los tres metros del jardincito y pretendió saltar la verja cuando le alcanzó otro balazo del vigilante que le perseguía. La bala le entró en la cabeza. Las puntas como de lanzas de la verja le entraron en la caja del cuerpo como puñaladas; la cabeza y el cuerpo colgaban del lado de la calle; las largas piernas colgaban del lado interior. ¡Las largas piernas de Arbolito cayendo como los dos clavos de una horquilla de vaquero!

Inmediatamente, los vigilantes cogieron los revólveres de los ladrones y los descargaron; después dijeron que ellos, los vigilantes, habían sido agredidos a balazos y debieron defenderse

Así murió Arbolito.

El padre Blanco se horrorizó y Arbolito reía, seguro de su propia bondad y de que tenía razón él, mientras que el cura estaba equivocado. Estas ideas, algunas frases como "contribuir a la justicia social", debió haberlas bebido en algún libro anarquizante



Untisal

Cuando le duela la garganta fricciónela con UNTISAL. Inmediato alivio del dolor y desaparición de la ronquera.

El ambiente balsámico y desinfectante que el UNTISAL crea, es el mejor protector de las vias repiratorias.

INDUSTRIA ARGENTINA

Contra Dolor

Untisal

Preparación de uso Externo para combatir los Dolores
REUMATISMO - GOTA - CIATICA
LUMBAGO - GOLPES - CALAMBRES
TORCEDURAS - DOLORES MUSCULARES

VER EL PROSPECTO

FORMULA

F. M. SUAREZ

Una franela empapada en UNTISAL aplicada al pecho y otra a la espalda al acostarse, bastan para ablandar su catarro y calmar su tos.

Un verdadero filtro que evita contagios lo constituyen dos trocitos de algodón (previamente humedecidos en UNTISAL y secos) aplicados a su nariz. La nariz se destapa, facilita la respiración, y la cabeza se depeja.

La gravedad de un resfrio desaparece en cuanto Vd. se da la primer friega de UNTISAL, una al pecho y otra a la espalda.

FRASCO GRANDE $ 6.—

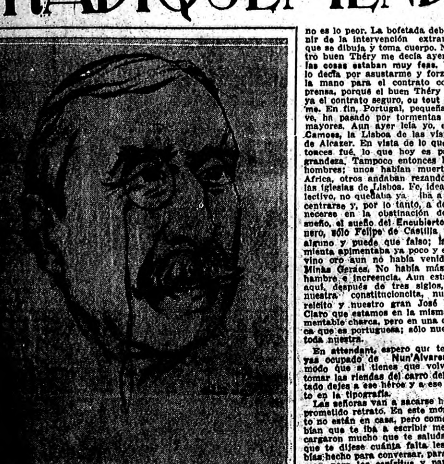
Untisal

FRASCO MEDIANO $ 1.80

Es el mejor protector de los bronquios y pulmones.

CARTAS INEDITAS DE FRADIQUE MENDEZ

Han sido adquiridos todos los derechos para su publicación en castellano.



EÇA DE QUEIROZ

A LUIS DE MAGALHAES

París, 23 de enero de 1891.

Mi caro Luis:

ESTOY en deuda de un fuerte abrazo de gratitud por la bella y generosa página que Vd. me concedió en la Revista Ilustrada de Pereira. Recibí el fascículo mucho después de su publicación. En seguida vinieron pruebas, quehaceres, mi cuñado Alejandro en París, etc., y por eso vengo ahora, ya tan tarde, a decirle cuánto me agradó su artículo por Vd. y por mí; por usted, porque veo que su pluma lejos de enmohecerse en el Mosteiro, gana todos los días en firmeza, penetración y brillantez y por mí, porque siempre es grato verse ensalzado en una prosa bella y llena de ideas.

No sé si ha leído Vd. la Revista. Esa infeliz publicación tiene una extraña suerte. Por un lado se solidifica cada vez más, por otro cada vez más se desconcierta. Se solidifica por el lado de la colaboración y de la organización; se desconcierta por el lado de la regularidad y del interés. Estoy procurando ver si es posible concertar este aspecto periclitante, imponiéndole a la fuerza una cierta regularidad y haciendo vivos esfuerzos para ponerle por dentro un poco de interés. Esto último es una apelación a Vd. La Revista consiguió tener una Crónica Europea, fija, y una Revista Literaria también fija. Le falta, sin embargo, la sección esencial: una Revista de Política Interna. Muchas veces me he preguntado a mí mismo, quién la podría hacer con suficiente independencia de criterio, osadía, estilo y ciencia, y descubrí hace días de repente que sólo Vd. posee juntas esas cualidades. Vd., por lo tanto, es el hombre de que la Revista precisa. Falta saber si a Vd. le conviene el cargo. Supongo que sí. Vd. no se separó nunca ni se puede separar de la política y prueba de ello es que de vez en cuando trompetea en El Nacional y otros papeles efímeros. Por otro lado, no es propiamente un político militante, asiduo en la brecha, es un crítico que a veces resume sus observaciones con una ruda franqueza. Ahora bien, para un tal fin, nada le conviene más que esta revista seria, ya conocida, suficientemente difundida y que sería su tribuna, la acostumbrada tribuna que el público espera y donde todos los meses podría Vd. dar su opinión con absoluta libertad. El trabajo no es grande. Diez o veinte páginas todos los meses, que hace Vd. en dos paseos por la quinta, mientras vigila el trabajo. Una mera lectura de periódicos le facilita todas las informaciones necesarias. El momento histórico además de eso es del más alto interés. Los buenos espíritus no pueden permanecer callados en medio de esta crisis y creo que a Vd. mismo, por todos los motivos, le convendría tener un rincón o mejor dicho un estrado decente y bien amueblado desde donde poder afirmar con persistencia, su autoridad. Reflexione en esto. Creo que no es cosa de dudar.

Respóndame en seguida, porque desearía anunciar esa buena nueva. Salude a doña Concepción, bese a las pequeñas y reciba un afectuoso abrazo de

QUEIROZ.

A OLIVEIRA MARTINS

París, 17 de julio de 1892.

Mi querido Joaquín Pedro:

RECIBI tu carta, muy esperada por todos, y los dos bouquins, uno de los cuales [illegible] al amigo Joaquín Pedro y otro muchísimo el egregio Joaquín Neuilly sin que no consoló de tu partida y hasta los niños "preguntan siempre "si Mr. le Philosophe ne vient pas dîner". Sobre todo para mí María quedaste, desde el interrogatorio sobre el vidrio y sobre el hierro, con la reputación de un saber infinito e infalible. Siempre que tiene una duda declara qu'il faudrait demander au Philosophe. Así la humanidad, ilusionándose, crea las religiones. Con tu ida entramos en una vida más higiénica, pero más monótona: los sombreros volvieron a su ocupación de cubrir las cabezas. Aun se hicieron algunas experiencias y Navarro (1), que impresionado por una provisión de sombreros que salió cierta, nos trajo una mesa, una verdadera mesa espiritista, con todas las comodidades para que las almas se manifiesten. Pero ese mueble se obstina escandalosamente en permanecer inmóvil o en predecir catástrofes para la nación y, como para pesimista basta Navarro, hemos relegado esa mesa profética a la condición subalterna de mesa de té.

Prado siempre fiel y con el calembour horriblemente desenfrenado. Me parece que sale esta semana para el Brasil y aprovecha estos últimos días antes de la partida para dar lecciones de velocípedo. Anda por ahí, por el Bois, de velocípedo y sombrero de copa. Tales son las novedades de Neuilly.

De París, la gran novedad para nosotros, es la declaración de Ribot sobre el asunto "portadores de la deuda", declaración hecha en pleno Senado y cuyo texto verás en un número del Journal Officiel que te mando. La interpelación fué hecha por un señor de Sal, en combinación de seguro con Ribot, que cometió el error — el tal Sal —, de considerarte aún como presidente del Consejo y de acusarte de haber hecho el convenio después de repudiarlo. Ribot no corrigió el error. Para estos señores il n'y a que tel de ministre. Es horriblemente humillante para José Dias. Yo pienso, en todo caso, que debería rectificar el error, escribiendo al señor de Sal. Tan luego sepa su dirección te la enviaré por telégrafo.

La declaración de Ribot es horrorosa y verdadero pendant del ultimatum de Lord Salisbury. Creo que hace muchos años que un ministro no habla así, desde la tribuna de un Parlamento de una nación civilizada. Es un verdadero puntapié en el trasero, dado sin cólera, pero con mucho desdén. En el ultimátum inglés había al menos irritación impaciente. Aquí sólo hay tedio. Somos amenazados e insultados con un bostezo. Eso dicho a España, era inmediatamente el ministro de Francia echado a empujones por sobre los Pirineos. Nosotros ni siquiera sentimos la bota de Ribot.

Verdad, mi querido amigo, que en todo lo que dijo Ribot tenía razón; pero yo admito y hasta hallo digna de imitación la conducta de aquel hidalgo español que, sorprendido robando al juego, fué tratado de escroc y que sacando tranquilamente una faca del bolsillo dice colérico: Verdad que lo soy, pero no admito que nadie me lo diga.

También por aquí hormiguean los republicanos, portugueses y españoles en contacto constante. Pero eso no es lo peor. La bofetada debe venir de la intervención extranjera, que se dibuja y toma cuerpo. Nuestro buen Théry me decía ayer que las cosas estaban muy feas. Y no lo decía por asustarme y forzarme la mano para el contrato con la prensa, porqué el buen Théry tiene ya el contrato seguro, ou tout comme. En fin, Portugal, pequeña nave, ha pasado por tormentas muy mayores. Aun ayer leía yo, en tu Camoes, la Lisboa de las vísperas de Alcazer. En vista de lo que entonces fué, lo que hoy es parece grandeza. Tampoco entonces había hombres; unos habían muerto en Africa, otros andaban rezando por las iglesias de Lisboa. Fe, ideal colectivo, no quedaba ya. Iba a concentrarse y, por lo tanto, a desvanecerse en la obstinación de un sueño, el sueño del Encubierto. Dinero, sólo Felipe de Castilla tenía alguno y puede que falso; la pimienta apimentaba ya poco y el divino oro aun no había venido de Minas Geraes. No había más que hambre e increencia. Aun estamos aquí, después de tres siglos, con nuestra constitucioncita, nuestro reicito y nuestro gran José Dias. Claro que estamos en la misma lamentable charca, pero en una charca que es portuguesa; sólo nuestra, toda nuestra.

En attendant, espero que te hayas ocupado de Nun'Alvares, de modo que si tienes que volver a tomar las riendas del carro del Estado dejes a ese héroe y a ese santo en la tipografía.

Las señoras van a sacarse hoy el prometido retrato. En este momento no están en casa, pero como sabían que te iba a escribir me encargaron mucho que te saludase y que te dijese cuánta falta les habías hecho para conversar, para pasear, para los espíritus y para la buena alegría de las tertulias.

Ponme a los pies de tu señora y recibe un cariñoso abrazo de

JOSE MARIA

(1) El consejero Emigdio Navarro, por entonces ministro de Portugal en Francia.

△ △ △

A OLIVEIRA MARTINS

París, 14 de setiembre de 1892.

Mi querido Joaquín Pedro:

DEMORE mi respuesta porque deseaba más informes sobre el caso de los Conseil's Generaux, que sólo fragmentariamente conocía bien, porque realmente sólo hay fragmentos. Fueron siete los que solicitaron la intervención del gobierno, todos del centro de Francia, donde hay una gran masa de portadores y algunos importantísimos como Indre-et-Loire y Gironde.

Esta campaña sería formidable y decisiva si fuese comentada y aprobada por la prensa, pues entonces, dado el espíritu imitativo de todas las corporaciones, habría unanimidad. Pero la prensa enmudeció et pour cause. Todavía estas protestas aunque aisladas, dan fuerza a Ribot, que está en pésimas condiciones contra José Dias. Los artículos de Théry eran para sacudir a este nuestro amigo, adormecido sobre el nuevo contrato de la prensa sin decidirse a nada, parte por desidia, parte por haberse extraviado los informes y documentos que yo había mandado. Dias despertó y el contrato fué firmado y en el hogar de Théry hay hoy contentamiento y paz. Cierto que este tal Théry sabe muchas cosas y sabe, sobre todo, cuando Ribot y los colegas están agriados y se agrian con todo lo que hace ese ministerio, desde Hersent hasta las cuarentenas.

En todo caso, ahora, hombres y acontecimientos, están en el campo. Veremos cuando regresan y aquí está lo que sobre las cosas públicas hay.

Particularmente, nada tengo que decirte. París desierto y pensando en el cólera. Nuestros amigos de aquí, todos dispersos. Mayer, a no ser que esté ahí, sumido por Europa; de Prado, acabo de recibir un telegrama diciendo que parte. Llegaron aquí a desconfiar por ciertos hechos singulares, que volviera para el invierno, casado. A no ser que hubiese amado, desposado, bautizado y partido en el mismo día, no se realizó de seguro esa despradicisación, porque Prado, casado, pierde toda la gracia prádica. Nosotros en Neuilly muy abandonados; apenas si el gentil Pablo (1) viene por aquí a trainer son dillettantisme. También nos frecuenta ahora, Nobre el de Solo, que es simpático y ultralánguido, y otro decadentista, Alberto de Oliveira, que ya tiene muchos libros, conoce muchas filosofías, está desilusionado de todo y aún no ha cumplido veinte años. Tal es, este deslizarse del siglo.

La única novedad en Neuilly, es que nos dedicamos todos a pintar al óleo. Benedicta comenzó en serio con un maestro y todos nosotros cogemos ya la paleta. Yo he producido algunas obras profundamente imaginativas y horrendas. Felizmente pocas, porque sólo trabajo los domingos. Pablo anda componiendo una virgen con un lirio enorme. A la noche, las señoras leen alto tu historia de Portugal. Y así se va perdiendo el tiempo.

Nada he sabido de Navarro. Lo supongo embreñado entre bosques. El, aquí, antes de salir, estaba decidido a ir a Lisboa tout culbuter. Después, la enfermedad — nuestro pobre amigo atravesó un pésimo momento — quebrantó la energía culbutadora. Fué, aún muy enfermo, y me escribió diciéndome que se iba a esconder en Bussaco hasta octubre, ajeno a todo, sin leer ni Las Novedades. Con la salud le debe haber vuelto la política. Ignoro sin embargo, cuáles sean sus disposiciones y si abrió o cerró su templo de Jano.

Dame noticias de tu Condestable. En tu carta eras un poco ingrato con él porque te quejabas de la falta de hijos que son la continuación de nosotros mismos. ¿Y las obras? Un héroe que se resucita vale un hijo que se engendra. Nosotros los novelistas, los que edificamos sobre arena, o sobre la moda que es la más movediza de las arenas, sí que morimos pronto. Pensar que La Princesa de Clèves fué en su tiempo una obra sublime y que ya hay quien llega a los veinticinco años sin leer a Balzac! C'est à degouter du metier.

Nada sé de los amigos de ahí. Soveral veo por los periódicos que baila. Y a la patria ¿no la salvan? ¿Su elixir es tan sólo una figura de cotillón? Por lo demás el salvamento de Portugal me parece que se ha convertido en una distracción de deleitantes. Hace días encontré al Barón de Santa Ana Nery — ¿lo conoces? ¿te acuerdas de él? — que me dijo estar en posesión de un elixir y con él en el bolsillo salía para Lisboa como representante de un grupo de banqueros. Tal es hoy la tierra de Alfonso de Alburquerque. Evidentemente no hay hoy para un portugués más que una solución que es como tu vivir en la historia y olvidar lo que es en la convivencia de lo que fué. Presenta mis respetos a Doña Victoria y recibe tú un apretado abrazo de

JOSE MARIA.

(1) El doctor Pablo de Silva Prado, sobrino de Eduardo Prado, y uno de los frecuentadores más asiduos de la casa de Eca, en Neuilly.

△ △ △

A OLIVEIRA MARTINS

París, 17 de abril de 1893.

Mi querido Joaquín Pedro:

ME está pareciendo que no te escribí en estos últimos tiempos, ni con abundancia ni con escasez, pero no estoy muy cierto, porque tantas veces se habla de tí en Neuilly, tan repetidamente viene a propósito "el Filósofo dice... el Filósofo hace...", que tu estás como mezclado a nuestra vida, y llego a perder la noción exacta de las distancias y de los silencios que entre nosotros se interponen. Aun hoy domingo, anduve en los muelles con las señoras, comprando dos viejos grabados para el Filósofo. Aun anoche, con María Amalia, (1) se habló del Filósofo, y aun yo sostuve con calor, respecto a la Inglaterra de hoy que tu no tenías autoridad alguna, para escribir un libro sobre ese país, y que sólo yo la tenía, etc, etc.

De lo que estoy cierto, es de que no respondí a tu pregunta sobre nuestra ida a Portugal, en el verano, por el motivo poco agradable, de que justamente, después de recibir tu carta, estuve enfermo con neuralgia de las que a veces me vienen y abruman. Ahora, gracias a Dios, voy mejor, y respecto a esa visita a nuestro buen Portugal, nada tenemos definido. Sobre todo con respecto a la época. Emilia está con vivos deseos, después de esta larga ausencia, de ver los amigos y las cosas patrias, pero indecisa sobre si verlas en su belleza de verano, o más tarde, para huir a la fealdad del invierno de aquí. En todo caso, si fuésemos en el verano, acamparíamos en Granja, y yo inmediatamente te prevendría, porque tu presencia allí sería para todos nosotros la great attraction.

Los amigos que de ahí vienen, Navarro, María Amelia, etc., no me han dado de tí, ninguna otra noticia, más que la de que estás bien. Así sea, pues es la existencia perfecta.

Nosotros tampoco, loado sea Dios, tenemos historia, y nuestra rutina va desgranándose continua y calma, con un Prado aquí, un Navarro allí y muy de vez en cuando, mi santo, otro santo, porque interrumpí San Fray Gil, para dedicarme a San Onofre. No creo que conozcas a este ilustro solitario, porque no se está muy seguro de que haya existido. No de su vida, que no la tiene, sino de los agiologios, conseguí extraer unas cien páginas, una pequeña plaquette para ir acostumbrando al público a este neo-flos-santorismo.

De los amigos, aquí, el más importante Prado está en vísperas de ir al Brasil, a pesar de las súplicas de todos, pues corre el riesgo de que la República proceda con él, violentamente. En Río están indignados contra él, porque se le atribuyen los suministros de armas, hechos por Inglaterra, a los insurgentes de Río Grande. Creo que debajo de esta roca no deja de haber una pequeña anguila. Su propio hermano Antonio, está muy inquieto, y considera esta partida, en este momento, una gran aventura. Nuestro Eduardo, sin embargo, o tiene secretamente garantizada la tranquilidad, o es un hombre de Plutarco. Las veces que le he tocado este asunto, responde en el gran estilo de César: alea jacta est. Este es el gran acontecimiento de Neuilly.

De las cosas públicas de nuestra tierra, no sé más que lo que me dijo Navarro a su regreso, y ya podrás calcular que fueron cosas sombrías. ¿Tu conoces bien a Fuschini? Era, si mal no me acuerdo, del tiempo y de la amistad de nuestro Antero. ¿Tiene algún valor? ¿Esa Liga Liberal, qué factor es?, ¿y la anti-liga? Todo esto me parece una mezcolanza y me trae a la memoria la antigua anarquía del tiempo de Fontes y de Braamcamp, que al menos era exteriormente de aspecto regular y decoroso.

En fin, cuando puedas, dame un resumen de esa situación, porque desde aquí, todo se comprende imperfectamente. Dame sobre todo, noticias tuyas y de tu Condestable. La Inglaterra tiene cosas excelentes y en general es un cuadro exacto, claro y de perfecto colorido. Saluda a doña Victoria y recibe un gran abrazo de.

JOSE MARIA.

(1). La ilustre escritora doña María Amelia Vaz de Carvallo.

Traducción especial para CRITICA de Pedro González Blanco.

POR EÇA DE QUEIROZ

ACABA DE APARECER

Un Planteo Preciso del Problema Sexual

Bertrand Russell no necesita presentación ante el público de habla española. Aunque especialmente dedicado a la filosofía de las matemáticas (lo que limita a unos pocos la resonancia de su especialidad intelectual) nunca ha permanecido clausurado en su gabinete de estudio. Es un especialista, pero antes que eso (única manera de ser especialista provechoso) es hombre de cultura y no deja pasar indiferente la vida a sus pies. Un día sale de sus abstracciones para estudiar el problema social chino, otro día presta su atención al problema político ruso, otro día posa sus ojos escrutadores en el maremagnum norteamericano, y así el gran público va conociéndolo, después de haberlo conocido los núcleos. Es la negación de pipling, castillo imperial, y la ratificación de un Wells, de un Bernard Shaw, especialistas también a su modo y, sin embargo, también hombres de cultura, hombres de la vida y, principalmente, hombres de la vida de su tiempo, capaces de registrar en su cabeza magníficamente organizada, los movimientos esenciales del mundo contemporáneo.

LA GRAN VALLA

Este hombre singular, este filósofo con aptitudes vitales, acaba de escandalizar a sus puritanos compatriotas con la publicación de un libro que se titula "Vieja y nueva moral sexual" y que, como el título le indica, ofrece descarnadamente, con todo decoro, pero con toda franqueza, el espectáculo de la evolución de la ética sexual desde los pueblos primitivos hasta la "flapper" y su compañero el "pituco", o sea los muchachos de uno y otro sexo, característicos de hoy.

Bertrand Russell, hombre de meditación y de experiencia, tiene vistas personales sobre el problema sexual, vistas que unas veces sobrepasan y otras no llegan a las más audaces opiniones o prácticas al respecto en la vida contemporánea. Cree, por ejemplo, que el divorcio no resuelve nada en el caso de la presencia de hijos en el matrimonio, con lo cual se queda atrás de un inmenso sector de opinión de nuestro tiempo; y cree, por otra parte, que las relaciones sexuales entre hombres y mujeres no deben preocupar a nadie mientras de ellas no resulte descendencia, con lo cual v.. más allá que el atrevido juez Lindsey, cuyo "matrimonio de compañía", le parece una legalización innecesaria de la comunidad de un hombre y una mujer que han decidido vivir juntos sin tener hijos.

He ahí, quizás, la valla más difícil de salvar en esta carrera con obstáculos que es la evolución moral de los sexos: la importancia psicológica de las relaciones no maritales. ¿Importa o no que hombres y mujeres satisfagan sus necesidades sexuales con quien quieran, antes de casarse y aun en el casamiento? Si importa, no hay salida para la liebre en el recinto de la moral tradicional. Si no importa, el problema afloja tanto que casi desaparece. Bertrand Russell está por lo segundo. No cree que deba importar nada a nadie la intimidad que mujeres y hombres tengan entre sí, con o sin el casamiento legal, siempre que de esa intimidad no sobrevenga prole.

LA FRANQUEZA

Claro está que es toda una revolución en las cabezas, sobre todo en nuestras cabezas latinas, que — cosa curiosa — aunque pretenden ser la más cumplida representación del occidentalismo, son las más fieles representantes del bárbaro celo oriental. Llegar a convertirse a esa revolución, es llegar a resolver en su mayor parte un problema que de otra manera sólo puede arribar a una solución coercitiva, esto es, a una negación, especialmente inclinada sobre la mujer.

Bertrand Russell piensa, empero, que es una conversión hacedera si se empieza por educar en la franqueza del sexo a la niñez. La moral tradicional hace lo contrario: ha organizado un fantástico sistema de ocultaciones, de disimulos y de mentiras (empezando por la clásica ficción de la procedencia parisiense de los hijos) para mantener a los niños y a los adolescentes y, de ser posible, a los jóvenes, en la más absoluta ignorancia respecto al sexo. Eso origina en la psiquis de cada persona una conceptuosidad miedosa y obscena sobre toda relación sexual. Cambiemos de procedimiento: mostremos a los niños, todo lo discretamente que se quiera, pero sin engaño, la verdad, y a la vuelta de unos años aparecerá en el mundo una nueva moral sexual que consistirá, precisamente, en una contemplación más tranquila, más natural y más saludable, por lo tanto, de las relaciones sexuales normales.

Es lo que propone Bertrand Russell, opuesto de medio a medio, desde luego, a la moral cristiana, basada en la doctrina de San Pablo, que considera la fornicación un mal inevitable, y el casamiento el único modo de dar apariencias decentes a ese mal, según la frase conocida: "Más vale casarse que abrasarse".

EL MATRIMONIO Y SU MORAL

Pero no es lo más interesante del libro de Bertrand Russell lo que el autor opina personalmente sobre el particular, ni él ha querido que lo sea. Su propósito cardinal es presentar objetivamente al lector el curso contradictorio de la moral sexual, para deducir un hecho fundamental en el asunto, a saber: que la moral sexual sólo tiene comienzo y razón en el hecho de la procreación.

Hay todavía en algunas regiones del globo salvajes que ignoran por completo el papel que el hombre tiene en la fecundación de la mujer. Creen que la mujer resulta embarazada por causas metafísicas. El hombre se casa y recibe, cuida y quiere a los hijos de su mujer; pero no sospecha que son sus hijos. No existe el padre. De aquí un crudo régimen matriarcal de la familia, y de aquí una libertad absoluta en las relaciones sexuales. Antes o después de casada, no importa que la mujer conozca a cuantos hombres desee, puesto que en ello no va ninguna consecuencia.

Es el estado primitivo de la familia, un estado que el ejemplo de esos salvajes contemporáneos nuestros nos presenta como muy natural y que no puede sorprendernos si recordamos que todavía no hace muchos siglos el naturalista italiano Spallanzani necesitó vestir con pantaloncitos a las ranas de su laboratorio para probar que la fecundación de las hembras no se producía por meros efluvios. De ahí la prioridad del matriarcado en la constitución familiar.

EL HOMBRE EN LA FAMILIA

Pero un día el hombre descubre su papel fecundador. Los hijos de su mujer son suyos, es decir, son de hombre. ¿Cómo asegurarse de que ese hombre no es otro que el marido? La fidelidad de la mujer se impone. O la mujer es virgen al llegar al matrimonio y absolutamente fiel luego, o el padre no puede reconocer como suyos sus hijos.

Paralelamente, la sociedad se hace agrícola y pastoril. El dueño de casa necesita tener hijos para poder tener muchos ganados y muchos cultivos. Más tarde, se recurre a la esclavitud; pero mientras la ominosa idea de la esclavitud no se les presenta a los hombres, sólo procuran tener muchos hijos para disponer de muchos pastores y de muchos labradores. Recuérdese al pueblo de Israel. Allí el hijo es un factor económico.

Unase a esta necesidad de la prole la seguridad de la intervención paterna en la procreación, y el papel del padre en la familia se agiganta. El padre es el fecundador y, además, el conductor de sus hijos hacia el poderío económico que trae el poderío político. Es el hacedor y el protector de la familia. Surge el patriarcado.

PATRIARCAS SIN PATRIARCADO

Naturalmente, la moral del patriarcado no puede ser la misma que la moral matriarcal. Ahora se antepone a todo la fidelidad de la mujer. Es la moral que, con el añadido pecaminoso de cristianismo, ha llegado hasta nuestros días.

Pero en nuestros días sólo puede hablarse teóricamente de un sistema patriarcal. Prácticamente, la emancipación económica de la mujer ha quitado, por lo menos, prevalencia al hombre en la familia. No ha restablecido el matriarcado, pero ha atenuado el régimen patriarcal.

¿Cómo hablar de patriarcado, en efecto, en una sociedad donde la mujer soltera es dueña absoluta de sí y la casada suele ser en el hogar un puntal económico tan fuerte como el masculino? Por lo demás, las obligaciones públicas de educación y de higiene impuestas por el Estado sobre la niñez, quitan al padre la mitad de su cometido familiar.

Total, que el hombre no es hoy más que la mujer en el hogar común del mundo civilizado. No se puede seguir, pues, hablando de sistema patriarcal. Pero se sigue imponiendo la moral patriarcal. Quiere decirse que hay un contrasentido. Es el contrasentido que entenebrece el problema de las relaciones de los sexos, llevándolo a empujones del sistema carcelero medioeval al libertinaje y del libertinaje otra vez al medioevo.

Sacar de ese atolladero a la gente, es lo que con su magnífico libro (ahora traducido al castellano) se propone Bertrand Russell al plantear el problema debidamente, y es su gran mérito.

BERTRAND RUSSELL

La Risa Negra

por Sherwood Anderson

Edit. Cenit. Madrid, 1930

"La risa negra" es una inquietante visión norteamericana a través del jazz, visión descoyuntada, movediza, a toda velocidad. Su autor, Sherwood Anderson, era un hombre de negocios. Un día resolvió abandonar su comercio y dedicarse a la literatura. "Mujer, negocios, fortuna, todo lo dejó atrás. Como el Buda y como Gauguin. Y se dirigió a Chicago con cinco dólares en el bolsillo. Tenía cuarenta años de edad cuando publicó su primer libro. Hoy tiene cincuenta y cuatro".

El libro que publica la editorial madrileña Cenit es uno de los más característicos de Anderson y también de los más leídos del autor en Norte América. A un pronto resulta chocante, por su dislóque; pero justamente cuando se advierte que lo que el autor ha querido comunicar es eso, la descoyuntación, se aprecia debidamente su intento.

"Gudruna Trogstad, Capitana",

por Ilka Krupkin

Ed. Gleizer, Buenos Aires, 1930

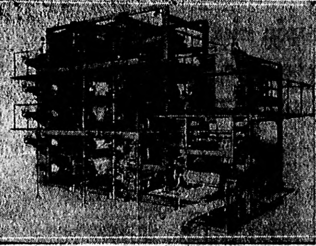
Ilka Krupkin es un escritor de garra. Lo ha demostrado en dos libros anteriores; lo corrobora en este tercero, constituído por un esbozo dramático hondo y fuerte.

Quizás el lector hubiera deseado otro final. Veníamos viendo una mujer de excepción y, de pronto, nos queda ante los ojos una muñeca enamorada. La capitana Gudruna Trogstad nos desilusiona con su sentimentalismo inesperado, luego de habérsenos mostrado envuelta en una densa atmósfera de virilidad, de libertad, de superioridad.

Sin embargo, el autor ha tenido un buen atisbo en su personaje. Se trata de la capitana de un barco mercante y de las pasiones que en el encierro entre hombres puede la capitana suscitar. Aunque al final la curva decline rápidamente, el recuerdo de los primeros tramos persiste. Queda con él la visión de un escritor capaz de crear una obra extraordinaria.

Grandeza y Servidumbre de la Prensa

Por A. UNGRIA



"Grandeza y servidumbre militar" es el título que Alfredo de Vigny dió a una serie de relatos suyos sobre la vida militar, que conocía por haber actuado en ella y que estimaba y execraba a la vez, pues veía en ella a un mismo tiempo riquezas y miserias, virtudes y vicios, "grandeza y servidumbre". "Grandeza y servidumbre de la inteligencia" llamó luego Eugenio D'Ors a una hermosa disertación suya sobre las penas y las glorias de la inteligencia puesta al servicio de un interés superior o de un interés subalterno. "Grandeza y servidumbre de la prensa" titula ahora su libro el señor Alfonso Ungría, doctor en derecho, licenciado en filosofía y letras, diplomático español y escritor desconocido hasta el momento.

Por los antecedentes que hemos recordado, puede suponerse qué es o qué quiere ser el libro del señor Ungría: una exposición de los méritos y defectos de este gran acontecimiento moderno y contemporáneo que es la prensa periódica. Tema vastísimo e interesante, si los hay; tema fructuoso; tema para ensartar reflexiones profundas y para macanear también, como les ocurre a todos los temas grandes. El señor Ungría más lo utiliza para lo último que para todo otro fin: macanea casi de corrido (dicho sea sin ánimo de ofender a nadie.) ¿Le falta conocimiento del tema? ¿Le falta instrucción? ¿Le falta comprensión? Puede ser; pero más bien ocurre que no le sobra amor.

Efectivamente, el señor Ungría se pone a escribir sobre la prensa con rabia, ante todo, porque nadie escribe la prensa (nadie o muy pocos) y después porque la prensa es tan poderosa hoy en el mundo, que le fastidia. Con esta actitud inicial, claro que no podía adentrarse en el tema serenamente ni justicieramente. Es hombre cortés (diplomático, al fin) y comprende que se expresa con cierto rencor. Por eso, a menudo trata de excusarse y de ganar al adversario con pasaditas de mano por el hombro. Pero su espíritu es íntimamente adverso a la prensa contemporánea, sobre todo a la gran prensa, a la que sabe salirse del anónimo y de las camarillas, para estar en manos de cientos de miles de personas de toda la escala social.

¡Gran susto y gran envidia este de la prensa contemporánea de profusa circulación! Lo primero que hacen los que por otro conducto quieren ganarse la voluntad de los pueblos, es echarse encima de ella y aherrojarla, tanto los que vienen de arriba, con ansias despóticas, como los que vienen de abajo, con afán de predominio. Sólo la respetan y la acatan y aun la adulan cuando la necesitan, cuando ven que precisamente pueden utilizarla para su ascenso.

No queremos decir con esto que el señor Ungría (que, digámoslo desde ahora, parece modesto), vea en la prensa un rival de sus ambiciones sociales. Queremos insinuar, simplemente, que el señor Ungría está ganado por el espíritu mezquino de esos ambiciosos, que lo primero que consideran necesario para su carrera, es desacreditar la prensa o imponer la censura previa.

Por otra parte, el autor ha caído en las redes de la ola antidemocrática, que invade en estos momentos los centros intelectuales europeos, y como la gran prensa contemporánea no parece posible sin la democracia, no puede verla con simpatía.

De aquí que el señor Ungría aproveche tan mal el tema que tan felizmente eligió. La prensa se presta hoy a decir mucho hondo y bello. No afirmaremos que no se preste también a decir cosas menos agradables: ¿es, acaso, perfecta? Pero parece justo, tratándose de una institución que tantos beneficios sociales ha prestado, presta y prestará aun por mucho tiempo, empezar por el lado bueno. Para eso, sin embargo, hace falta menos prevención, más amor y (¿por qué no?) más convivencia también que la que demuestra poseer el señor Ungría. No olvidemos que Vigny fué soldado. ¿Fué periodista el autor de este libro?

Tal vez en el mismo libro se hallen los indicios de lo que un libro leal, justo y provechoso sobre la prensa puede ser. Cada vez, en efecto, que el señor Ungría, abandonando un poco la postura doctrinaria y adoctrinadora, toma un dato o una anécdota de un libro inglés o francés, sobre la prensa, su palabra cobra un interés extraordinario. Ahí estaba su misión: en la exposición imparcial de datos que revelen lo proteiforme, lo vivo, lo despierto, lo activo, lo rápido, lo poderoso que es todo ese engranaje gigantesco, jamás soñado por las más exaltadas imaginaciones orientales, que todos los días pone en manos del ciudadano unas hojas de papel grávidas del acontecer mundial y de las más vivas orientaciones. Es la misión que se echaron a espaldas, con mayor tino y mayor eficacia, los ingleses y franceses que hasta el presente han publicado libros sobre la prensa, y algún alemán enciclopédico.

En tanto, vale la pena transcribir del libro del señor Ungría algunas alusiones documentadas a la libertad de prensa. En la página 79 se consigna la siguiente frase de Chateaubriand: "Habría de perderse la Constitución, y la libertad de Prensa nos la restituiría". Y en las páginas 137 y siguientes, se leen las siguientes sentencias:

De Demóstenes: "no puede sobrevenirle a un pueblo mayor calamidad que la privación de expresar su pensamiento".

De Eurípides: "La verdadera libertad consiste en que los hombres nacidos libres, cuando tengan que aconsejar al público, puedan hablar libremente".

De Milton: "¡Dadme, sobre todas las libertades, la libertad de saber, de hablar, de argumentar libremente según mi conciencia!".

Del periodista español José María de Orense: "La fuerza moral la pierden los hombres y los partidos por sus faltas, no por la guerra de sus contrarios. Es falso que con la prensa enteramente libre, corra peligro la sociedad y menos la familia; éste es un pretexto de la vanidad atacada. Cuando un escrito hace impresión, es porque dice la verdad, o lo que tal se cree".